



Consejo de Seguridad

Septuagésimo séptimo año

9133^a sesión

Jueves 15 de septiembre de 2022, a las 15.00 horas

Nueva York

Provisional

<i>Presidenta:</i>	Sra. Broadhurst Estival	(Francia)
<i>Miembros:</i>	Albania	Sr. Spasse
	Brasil	Sr. Costa Filho
	China	Sr. Dai Bing
	Emiratos Árabes Unidos	Sra. Nusseibeh
	Estados Unidos de América	Sra. Thomas-Greenfield
	Federación de Rusia	Sr. Nebenzia
	Gabón	Sra. Onanga
	Ghana	Sr. Agyeman
	India	Sr. Ravindran
	Irlanda	Sr. Mythen
	Kenya	Sr. Kimani
	México	Sr. Gómez Robledo Verduzco
	Noruega	Sra. Juul
	Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte	Sr. Kariuki

Orden del día

La protección de los civiles en los conflictos armados

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y la traducción de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los *Documentos Oficiales del Consejo de Seguridad*. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y deben enviarse con la firma de un miembro de la delegación interesada, incorporadas en un ejemplar del acta, a la Jefatura del Servicio de Actas Literales, oficina U-0506 (verbatimrecords@un.org). Las actas corregidas volverán a publicarse electrónicamente en el Sistema de Archivo de Documentos de las Naciones Unidas (<http://documents.un.org>).

22-59209 (S)



Documento accesible

Se ruega reciclar



Se abre la sesión a las 15.05 horas.

Aprobación del orden del día

Queda aprobado el orden del día.

La protección de los civiles en los conflictos armados

La Presidenta (*habla en francés*): De conformidad con el artículo 37 del Reglamento Provisional del Consejo, invito a participar en esta sesión al representante de Italia.

De conformidad con el artículo 39 del Reglamento Provisional del Consejo, invito a los siguientes ponentes a participar en esta sesión: el Secretario General Adjunto de Asuntos Humanitarios y Coordinador del Socorro de Emergencia, Sr. Martin Griffiths; el Economista Jefe de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Sr. Maximo Torero, y el Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos, Sr. David Beasley.

El Consejo de Seguridad comenzará ahora el examen del tema que figura en el orden del día.

Tiene ahora la palabra el Sr. Griffiths.

Sr. Griffiths (*habla en inglés*): Hace cuatro años, el Consejo de Seguridad estableció una conexión entre su responsabilidad de mantener la paz y la seguridad y su empeño de hacer frente a la inseguridad alimentaria y al hambre causada por los conflictos. En aquel momento, el Consejo pidió que se le informara rápidamente cuando surgiera un riesgo de hambruna causada por los conflictos y la inseguridad alimentaria generalizada. Ese riesgo, como escucharemos y debatiremos hoy, se cierne ahora sobre nosotros, y por eso, lamentablemente, hoy estamos de nuevo en el Salón.

El mes pasado distribuimos una nota para poner de relieve cuatro contextos en los que ese riesgo es evidente: Etiopía, el nordeste de Nigeria, Sudán del Sur y el Yemen. Naturalmente, la inseguridad alimentaria ha alcanzado niveles alarmantes en otros lugares que también exigen nuestra atención, como el Afganistán y Somalia —y usted, Sra. Presidenta, quizá me permita hacer referencia a Somalia antes de concluir. El Secretario General escribió recientemente a todos los Estados Miembros para expresar su preocupación. Más de 200.000 personas ya se encuentran en situación de riesgo de hambruna. Se espera que esa cifra llegue a 300.000 muy pronto, como imagino que nos dirán nuestros colegas de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación y del Programa Mundial de Alimentos. La hambruna

tendrá lugar en Somalia, y tenemos la intuición de que tampoco será el único lugar.

En los cuatro contextos que he mencionado, las evaluaciones recientes han identificado a centenares de miles de personas que afrontan niveles de hambre catastróficos, o fase 5 del Clasificación Integrada de la Seguridad Alimentaria en Fases, que supervisa la seguridad e inseguridad alimentaria en todo el mundo. Como todos sabemos, la fase 5 es la última y más devastadora del sistema. Sencillamente, no hay nada peor que eso, y es infrecuente que la población se recupere de ella.

Este sufrimiento generalizado se debe a las repercusiones directas e indirectas del conflicto y la violencia, así como al comportamiento de las partes enfrentadas. En todos los contextos se repite un patrón similar: se mata y lesiona a los civiles; se desplaza por la fuerza a las familias de la tierra de la que dependen para su sustento y su alimentación; los restos explosivos de guerra impiden el acceso de la población a los mercados, la producción agrícola y la generación de ingresos; se roban, se dañan o se destruyen las infraestructuras civiles y los equipos esenciales para la seguridad alimentaria de la población, y se saquean las reservas de alimentos y se mata al ganado.

En estos contextos, el declive económico y el aumento de los precios han hecho que los más vulnerables no puedan alimentarse lo suficiente. En los casos más extremos y atroces, las partes combatientes han cortado deliberadamente el acceso a los productos comerciales y a los servicios esenciales de los que dependen los civiles para sobrevivir. El hambre se utiliza a veces como táctica de guerra.

Las organizaciones humanitarias han extendido las líneas de ayuda a la gente en todas esas crisis, trabajando con los grupos de ayuda locales, que, de nuevo, son los primeros en responder a los problemas y los primeros en entender el sufrimiento de su gente. A veces son los únicos que están sobre el terreno. Muchas veces, todos sufrimos interferencias, impedimentos, acoso y ataques a nuestro personal y nuestra reputación, así como el saqueo o desvío de activos. Eso nos impide llegar a las personas necesitadas y empeora su sufrimiento. Los trabajadores humanitarios se quedarán y cumplirán con su deber, pero las condiciones en algunos contextos son simplemente demasiado difíciles e inaceptables.

Otros factores que impulsan el hambre, como la sequía —a la que me referiré más adelante—, los efectos de la pandemia de coronavirus y el aumento de los precios mundiales de los productos básicos, también

están agravando la inseguridad alimentaria y la miseria. Las repercusiones secundarias de la guerra en Ucrania son también una de las causas de la inseguridad alimentaria en muchos conflictos armados, ya que aumentan los precios de los alimentos y los fertilizantes y contribuyen a las subidas de los precios de la energía.

Por último, aunque estamos aquí para debatir la relación que existe entre los conflictos y el hambre, no puedo dejar de señalar que en cada uno de los países que he mencionado, la población está literalmente en primera línea del cambio climático. Las personas son las primeras en sentir sus efectos. El Secretario General dejó claro hace poco, en declaraciones públicas y privadas, que el cambio climático está aquí. Acecha la tierra.

Si se me permite, ofreceré una breve descripción de la situación en cada uno de esos países sumidos en una crisis.

En el Yemen, sé muy bien que los más de siete años de conflicto armado han causado estragos en la población de todo el país. Unos 19 millones de personas —seis de cada diez— sufren inseguridad alimentaria aguda. Se calcula que 160.000 personas se enfrentan a una catástrofe, según el nivel 5 de la Clasificación Integrada que he mencionado, y 538.000 niños están gravemente malnutridos. La situación puede empeorar debido a que la respuesta humanitaria no cuenta con suficiente financiación y a la continua inestabilidad económica. La interrupción de las importaciones comerciales también podría empeorar la inseguridad alimentaria, una posibilidad que se ha vuelto muy real en las últimas semanas, como nos contarán los demás ponentes, ya que la falta de financiación amenaza las operaciones del Mecanismo de Verificación e Inspección de las Naciones Unidas para el Yemen, que inspecciona todas las importaciones comerciales, incluidos los alimentos, a los puertos yemeníes del Mar Rojo. Esperamos que este déficit de financiación se solucione rápidamente para evitar el cierre del Mecanismo previsto para el 1 de octubre.

En Sudán del Sur, se prevé que, durante la temporada alta de este año, el 63 % de la población, es decir, 7,7 millones de personas, esté en crisis, o peor aún, en niveles catastróficos de inseguridad alimentaria aguda. Según las evaluaciones, 87.000 personas, la mayoría del estado de Yonglei y de la Zona Administrativa del Gran Pibor, podrían enfrentarse a una catástrofe de nivel 5 de la Clasificación Integrada. Debo añadir que, el año pasado, Sudán del Sur fue uno de los lugares más peligrosos para ser trabajador humanitario, ya que hubo 319 incidentes violentos dirigidos contra el personal y

los bienes humanitarios. Cinco trabajadores humanitarios, colegas nuestros, fueron asesinados en 2021, y otros cinco han muerto desde principios de este año, mientras hacían todo lo posible por llevar a la gente la ayuda que necesita y merece.

En Etiopía, más de 13 millones de personas necesitan asistencia alimentaria para salvar sus vidas en Afar, Amara y Tigré. En junio, el 87 % de las personas encuestadas en Tigré sufrían inseguridad alimentaria, más de la mitad de ellas de forma grave. Estoy seguro de que el Sr. Beasley hablará sobre la evaluación del Programa Mundial de Alimentos, pero en la que se realizó en febrero también se encontró una inseguridad alimentaria muy preocupante en partes de Afar y Amara. Recientemente, vimos algunas mejoras en la distribución de ayuda humanitaria en el norte de Etiopía, pero eso ya ha terminado. La reanudación de las hostilidades en las últimas semanas está desbaratando ese progreso. En el resto de Etiopía, en partes de Benishangul-Gumuz y en el sur y el oeste de Oromía, la inseguridad alimentaria y la malnutrición también se consideran extremadamente altas. El pronóstico de hambruna en el Cuerno de África no se limitará a Somalia, y el número de personas que están en riesgo en Etiopía empequeñece incluso las cifras que vemos en Somalia.

Volviendo al noreste de Nigeria, prevemos que 4,1 millones de personas sufran elevados niveles de inseguridad alimentaria aguda en los estados de Adamawa, Borno y Yobe, afectados por el conflicto. Entre ellos hay 588.000 personas que ya afrontaron niveles de emergencia entre junio y agosto, casi la mitad de las cuales fueron inaccesibles para nuestros colegas debido a la inseguridad. Por lo tanto, no se han podido realizar evaluaciones de la seguridad alimentaria en esas zonas, pero podemos deducir y temer que algunas personas pueden estar ya al nivel de la catástrofe y están muriendo.

En nuestra nota, se recomiendan medidas específicas para cada país. Los Estados Miembros podrían llevar a cabo las siguientes actuaciones en estos cuatro lugares y en muchos más.

En primer lugar, no deben dejar de buscar soluciones pacíficas y negociadas a los conflictos y otras situaciones de violencia. Eso esperamos ver en el Yemen y en otros lugares; podemos suplicar que ocurra en Etiopía.

En segundo lugar, tenemos que recordar a los Estados y los grupos armados que deben acatar las obligaciones que les incumben en virtud del derecho internacional humanitario y de los derechos humanos, y alentarlos a ello. No deben tomar ninguna medida que

ponga en peligro la supervivencia de los civiles y deben garantizar el paso rápido y sin obstáculos de la ayuda humanitaria. Lo digo sabiendo muy bien lo absurdo que puede parecerles a algunos.

En tercer lugar, deben apoyar una respuesta integral para abordar los factores subyacentes de la inseguridad alimentaria aguda. Se trata de apoyar las economías de los países que se enfrentan a una grave hambruna a gran escala. Las cuestiones de las crisis y del desplome económicos también relacionados con el clima cada vez son más importantes en la agenda de la acción humanitaria.

En cuarto lugar, deben mantener la financiación humanitaria para esas crisis. En todos esos países, estamos muy por debajo de la mitad de la financiación necesaria. Sin esos recursos, poco podremos hacer.

Por último, quiero destacar una cuestión que, como ya he mencionado, es fundamental para la paz y la seguridad: el cambio climático. Acabo de regresar de Somalia y de una visita de diez días al Pakistán con el Secretario General, visitas en las cuales tratamos de expresar con absoluta claridad que los efectos del cambio climático los sienten de manera diversa quienes hicieron poco por crearlo. El acceso a la financiación contra el cambio climático sigue siendo lamentablemente escaso: Somalia no ha recibido nada. Sin embargo, si queremos invertir en resiliencia; si queremos proteger a los pueblos de esos países frente a las posibles repeticiones de las crisis de este año; y si queremos que Somalia sobreviva a las hambrunas que se producirán a finales de este año y durante el próximo, necesitamos la atención de la comunidad climática y el dinero prometido por los Estados Miembros, la mayoría del cual, si no en su totalidad, aún no ha llegado a su destino.

El Presidente (*habla en francés*): Agradezco al Sr. Griffiths su exposición informativa.

Doy la palabra ahora al Sr. Torero.

Sr. Torero (*habla en inglés*): Sra. Presidenta: Le doy las gracias por haberme invitado a informar al Consejo de Seguridad en la importante sesión de hoy.

Como saben los miembros del Consejo y como acaba de explicar el Sr. Griffiths, el hambre ha ido aumentando de manera constante en los últimos años. Esta tendencia se ha visto impulsada por el conflicto y, en estos momentos, se encuentra exacerbada por la guerra en Ucrania; las repercusiones del cambio climático; las situaciones de desaceleración, recesión e inestabilidad económica; y el aumento de la desigualdad,

acelerado tras la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID-19). Todos esos factores se han visto agravados por el rápido ascenso de los precios de los alimentos. El vínculo entre conflicto armado, inseguridad alimentaria y hambruna sigue existiendo. Los conflictos tienen efectos inmediatos y duraderos en todas las dimensiones de los sistemas agroalimentarios, ya que reducen la producción alimentaria, destruyen las cosechas, alteran los mercados y limitan el acceso a los alimentos. Además, obstaculizan seriamente el acceso humanitario a los civiles. A largo plazo, conllevan la desaparición de medios de subsistencia, alteran las cadenas de suministro, causan desplazamientos masivos, elevan la presión sobre recursos ya limitados y reducen la capacidad de recuperación. Por otro lado, los conflictos implican alteraciones macroeconómicas, incrementan la deuda y el déficit públicos, reducen las reservas de divisas, causan depreciación de la moneda y elevan la inflación, todo lo cual reduce la capacidad para prestar protección social y apoyar los medios de subsistencia.

Por otro lado, debido a las situaciones de desaceleración y recesión a las que nos enfrentamos hoy, los países, en especial los que son importadores de alimentos —como es el caso de la mayoría de los que sufren crisis alimentarias— deben afrontar, además de la subida de los precios, la devaluación de sus monedas. En la actualización semestral del *Global Report on Food Crises 2022*, publicada el lunes, se prevé que, en lo que queda de año, 205 millones de personas se sitúen en los tres peores niveles de inseguridad alimentaria según el Marco Armonizado, es decir, en el nivel 3 o superiores según la Clasificación Integrada de la Seguridad Alimentaria en Fases (CIF), lo cual significa que necesitarán asistencia humanitaria urgente. Este dato supera lo registrado en cualquier momento de los siete años de historia del *Global Report* y supone un aumento respecto de la cifra de 193 millones de personas recogida en la edición de 2022 de dicho informe, publicada en mayo. Sin asistencia humanitaria urgente, se prevé que el número de personas situadas en la fase 5 de la CIF, es decir, que se encuentren en una situación similar a la hambruna, llegará a la cifra histórica de 970.000 sumando los datos de cinco países. Las consecuencias de la pandemia de COVID-19, que se han hecho sentir en forma de desaceleración y recesión, así como la guerra en Ucrania, están teniendo un efecto directo e indirecto en esos países y es probable que empeoren en la segunda mitad de 2022 y los primeros meses de 2023.

Aunque la nota blanca no incluye demasiados detalles al respecto, es importante describir la penosa

situación de Somalia. Hace dos semanas, el Comité de Examen de Situaciones de Hambruna de la CIF concluyó que, sin una prestación significativa de asistencia humanitaria, la población agropastoril de dos distritos y los desplazados de la ciudad de Baidoa, en la región de Bay, se enfrentarán a la hambruna entre octubre y diciembre de 2022. Se espera que esta situación se mantenga como mínimo hasta el mes de marzo de 2023, debido a los decenios de conflicto, las perturbaciones económicas graves y los desplazamientos masivos de población, a lo que se suma la escasez de perturbaciones registrada durante cuatro estaciones lluviosas consecutivas, con la previsión de que la próxima estación lluviosa sea también árida por quinta vez. Además, varias zonas del centro y el sur de Somalia sufrirán un riesgo de hambruna más elevado como mínimo hasta diciembre de 2022. Los grupos afectados por el riesgo de hambruna son los agropastores, muchos de los cuales residen en zonas donde la inseguridad dificulta el acceso humanitario. En total, se prevé que 300.000 personas se sitúen en la fase 5 de la CIF entre octubre y diciembre.

Debo señalar también a la atención del Consejo el caso del Afganistán, donde la situación humanitaria sigue siendo muy frágil. Se prevé que unos 19 millones de personas se enfrenten un nivel agudo de inseguridad alimentaria a pesar de que las cosechas serán similares a las del año pasado, y el invierno se acerca a toda velocidad. El aumento vertiginoso de los precios de los alimentos, el combustible, los fertilizantes y el transporte derivado de la guerra en Ucrania no hace sino agravar una situación ya de por sí penosa. El país es en su mayoría agrícola, y el 80 % de los medios de subsistencia dependen de la agricultura. Este sector ha demostrado ser el más resiliente y presenta un potencial inmenso para ampliar la producción de alimentos, impulsar las economías rurales y lograr la recuperación económica desde las aldeas.

En estos momentos no se dispone de datos actualizados sobre la situación de la seguridad alimentaria en Etiopía, pero es muy probable que se haya producido un deterioro considerable en 2022. Junto con la sequía que afecta a las zonas del sur, la reanudación de las hostilidades en Tigré amenaza directamente a la cosecha de la estación del *meher* en octubre. El año pasado, los agricultores de la región produjeron 900.000 toneladas de cereales durante la estación del *meher* —el equivalente a siete u ocho meses de las necesidades anuales de cereal de la región—, lo que supera en mucho la cantidad de alimentos que llegaron a la región desde fuentes comerciales o humanitarias. Ello evidencia las posibles

repercusiones cruciales que tendrían nuevas alteraciones de la producción de alimentos, sobre todo si el acceso sigue siendo limitado.

La violencia intercomunitaria, cada vez más politizada, viene afectando a Sudán del Sur desde 2020. Junto con los efectos persistentes del conflicto prolongado, los graves desafíos macroeconómicos y las importantes pérdidas de medios de subsistencia, sobre todo a raíz de las inundaciones generalizadas de los últimos cuatro años y a la inseguridad causada por los enfrentamientos frecuentes, están dando lugar a unos niveles extremos de inseguridad alimentaria. Se calcula que unos 7,74 millones de personas —casi dos tercios de la población total— se enfrentan a un nivel 3 o superior de inseguridad alimentaria aguda según la CIF durante el período de escasez. En el condado de Leer, donde se ha llegado a la fase 5 según la CIF, es decir, a una situación similar a la hambruna, los enfrentamientos armados han seguido impulsando los desplazamientos en 2022.

En el norte de Nigeria, la situación de la seguridad continúa deteriorándose debido al aumento de las hostilidades entre grupos armados no estatales, la delincuencia y la violencia intercomunitaria. Cuando finalice la temporada de lluvias en septiembre, es probable que se produzca un ascenso estacional de la violencia, lo que alterará los sistemas alimentarios, limitará el acceso a los mercados y generará nuevos desplazamientos. Se estima que unos 4,14 millones de personas se enfrentan a un nivel de inseguridad alimentaria aguda en los estados nororientales de Adamawa, Borno y Yobe, donde muchas zonas serán inaccesibles para la ayuda humanitaria.

En el Yemen, las perspectivas de inseguridad alimentaria podrían ser mejores de lo esperado. Se han desmentido algunas de las hipótesis que sustentaban las proyecciones, al tiempo que no se han hecho notar los efectos indirectos de la guerra en Ucrania sobre los mercados internacionales. Además, la financiación destinada a la asistencia alimentaria mejoró ligeramente y no fue necesario proceder a grandes recortes en el número de beneficiarios. Ha habido una suavización significativa del conflicto después de que las partes acordaran una tregua en abril. Sin embargo, las limitaciones de la circulación siguen dificultando el acceso humanitario.

Cuando el Consejo habla, el mundo escucha. La prevención de los conflictos es el medio más eficaz para evitar la hambruna. Poner fin a la violencia y la inseguridad no solo salva vidas de manera inmediata, sino que, además, crea oportunidades para la pronta prestación de asistencia, el fomento de la resiliencia, el desarrollo

duradero y, en última instancia, la creación local de vías conducentes a la paz y la estabilidad. Es fundamental que actuemos ahora, para reducir al mínimo las posibles calamidades que acabo de enumerar. Esperamos que sea posible acelerar la adopción de medidas para minimizar estos riesgos en el futuro.

La Presidenta (*habla en francés*): Doy las gracias al Sr. Torero por su exposición informativa.

Tiene la palabra el Sr. Beasley.

Sr. Beasley (*habla en inglés*): Es un placer acompañar a los miembros del Consejo de Seguridad, aunque sea en una ocasión realmente triste. Esta mañana he vuelto de América Central, donde he sido testigo de primera mano de cómo un conflicto que tiene lugar en un continente situado a miles de kilómetros de distancia puede agravar una crisis de hambre ya de por sí grave en otro continente. Durante mis visitas a Guatemala y a la región del Darién, en Panamá, escuché historias trágicas sobre personas a las que la desesperación impulsó a emigrar hacia el norte. Cuando los efectos de la crisis climática y las repercusiones económicas indirectas que sigue teniendo la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID-19) habían agotado ya la capacidad de muchas familias para salir adelante, ahora, la subida vertiginosa de los precios, derivada de la escasez mundial de cereales, combustible y fertilizantes y agravada por el conflicto de Ucrania, las ha dejado en una situación desesperada. Literalmente, lo han perdido todo. Pueden quedarse donde están y morir de hambre, o bien marcharse y arriesgarse a morir buscando la oportunidad de un futuro mejor en los Estados Unidos.

Y eso es solo lo que sucede en un rincón de nuestro planeta. Hemos conocido historias similares, impulsadas por la guerra, en muchos otros países del mundo. Nos encontramos reunidos hoy aquí para alertar sobre las crisis alimentarias graves que se están produciendo, en especial en Etiopía, el nordeste de Nigeria, Sudán del Sur y el Yemen. Además, como dijo mi buen amigo Martin Griffiths, también está Somalia, que no puedo dejar de mencionar. Acabo de regresar de ese país, que hace tan solo una semana visitamos el Sr. Griffiths y yo. Como saben los miembros del Consejo, nos enfrentamos ya a una emergencia mundial de dimensiones sin precedentes, con una amenaza creciente de hambruna e inanición masivas. Cuando comenzó el año 2022, se cernía ya una tormenta perfecta debido la emergencia de nuevos conflictos, las repercusiones económicas indirectas de la COVID-19, los efectos del cambio climático, el aumento de los precios de los combustibles... y,

justo cuando pensábamos que no podía ser peor, Ucrania. Desde que comenzó ese conflicto, la subida de los precios de los alimentos, el combustible y los fertilizantes ha llevado a otros 70 millones de personas cerca de la hambruna. Lo que era una ola de hambre ya es un tsunami de hambre.

En los 82 países donde el Programa Mundial de Alimentos (PMA) opera en la actualidad, nada menos que 345 millones de personas enfrentan una situación de inseguridad alimentaria aguda. En otras palabras, marchan hacia la inanición: niveles 3, 4 y 5 de la Clasificación Integrada en Fases (CIF). Esto supone dos veces y media el número de personas en situación de inseguridad alimentaria aguda antes del comienzo de la pandemia. Resulta inconcebible que esa cifra fuese solo de 80 millones hace unos pocos años. Esto es increíblemente preocupante. De los 345 millones que marchan hacia la inanición, casi 50 millones viven en 45 países que están llamando a la puerta de la hambruna en el nivel 4 de la CIF. En 2007 y 2008, debido a la alta inflación y al aumento de los precios de los alimentos en ese momento, hubo disturbios, protestas y revueltas civiles en 48 países. Hoy vemos factores económicos mucho peores. A pesar de la ardua labor en el marco de la Iniciativa sobre la Exportación de Cereales por el Mar Negro y de los esfuerzos que se despliegan para lograr que el fertilizante ruso, por ejemplo, vuelva a los mercados mundiales, existe un riesgo real y peligroso de que se produzcan múltiples períodos de hambruna este año. En 2023, la actual crisis de precios de los alimentos podría convertirse en una crisis de disponibilidad de alimentos si no actuamos.

Permítaseme referirme con rapidez a los países sobre los que el Consejo solicitó información. En el norte de Etiopía, la reanudación de los enfrentamientos amenaza con llevar al límite a muchas familias hambrientas y exhaustas. La tregua humanitaria declarada en marzo permitió al PMA y a sus asociados llegar a casi 5 millones de personas en la zona de Tigré. No obstante, el reciente estallido de violencia está amenazando estos esfuerzos de socorro humanitario, justo cuando las familias afrontan el actual período de escasez. Nuestra evaluación en Tigré muestra que el hambre ha aumentado. Unos 5,2 millones de personas —es decir, el 89 % de la población— experimentan inseguridad alimentaria. Casi la mitad padece una grave carencia de alimentos. Como puede imaginar el Consejo, nuestros equipos trabajan día y noche para ayudar a las personas necesitadas. Sin embargo, necesitamos combustible, financiación y el movimiento completo de los suministros a través de las líneas de control para

enviar ayuda adonde más se necesita. El reciente robo de suministros de combustible del PMA en Tigré no facilita nuestra tarea. La cosecha es el próximo mes, y la falta de fertilizantes implica que probablemente esta sea exigua. Debemos llevar alimentos a la población del norte de Etiopía de inmediato.

En el nordeste de Nigeria, una mezcla tóxica de violencia creciente, desplazamiento, medios de vida dañados y precios de los alimentos en alza alimenta claramente una crisis cada vez mayor de inseguridad alimentaria. El actual período de escasez está llegando a su fin. De acuerdo con las estimaciones, hay 4,1 millones de personas en situación de inseguridad alimentaria en el nordeste, de las cuales medio millón se encuentran en zonas inaccesibles. Esperamos llegar a 2,1 millones de personas en el nordeste de Nigeria. Sin embargo, a medida que aumenta la disparidad entre las necesidades y los recursos, hasta 1 millón de personas tal vez no reciban la asistencia alimentaria que necesitan. Esto fomenta la migración, el extremismo y la explotación y hace más probable la hambruna.

Entretanto, en Sudán del Sur, la situación es aún peor, ya que el conflicto continúa y se ve agravado por las inundaciones en siete de los diez estados del país, lo que alimenta una crisis de seguridad alimentaria que en realidad está adquiriendo proporciones catastróficas. Hay un desplazamiento generalizado de la población. El cambio climático ha inutilizado tierras agrícolas antes fértiles y los precios de los alimentos se han duplicado, mientras que el valor de la moneda se ha depreciado casi un tercio desde febrero. Todo ello ha confluído para que los productos alimentarios básicos queden fuera del alcance de la mayoría de la población. Al mismo tiempo, como sabe el Consejo, los enfrentamientos entre grupos armados se han intensificado y los organismos humanitarios en el país están siendo blanco de los ataques de los grupos armados y son objeto de saqueos y extorsiones. Hemos visto lo que está sucediendo en Haití hoy. En la actualidad, Sudán del Sur presenta las tasas más altas de hambre aguda desde la independencia en 2011. Unos 7,7 millones de personas, más del 60 % de la población, se enfrentan a niveles críticos o peores de inseguridad alimentaria. Sin soluciones políticas que pongan fin a la violencia y sin una inversión importante en programas de socorro humanitario, muchas personas en Sudán del Sur morirán.

Por último, en el Yemen, la situación humanitaria se está deteriorando a pesar de la frágil tregua, debido al empeoramiento de las perspectivas económicas. El conflicto en Ucrania está avivando la inflación, debido

a la dependencia casi total del Yemen de las importaciones de alimentos, empujando así a más personas a la pobreza extrema, ya que la aceleración de la inflación erosiona el valor de unos ingresos de por sí escasos. En comparación con hace solo 12 meses, ahora los precios de los alimentos son un 70 % más altos en el norte del Yemen y un 40 % más altos en el sur. En el PMA, esperamos alimentar a unos 18 millones de personas, lo que obviamente, será uno de los mayores programas humanitarios de todos los tiempos. Sin embargo, desde el comienzo de este año, el costo de la actividad empresarial en el Yemen ha aumentado un 30 %, pasando de 1.970 a 2.600 millones de dólares. En consecuencia, como pueden imaginar los miembros, hemos tenido que recortar la asistencia que prestamos. A partir de septiembre, 13 millones de personas recibirán raciones de dos tercios. Con los costos del combustible y el costo de la logística de transporte, nuestras operaciones han aumentado a escala mundial en más de 800 millones de dólares al año.

Los conflictos que hacen estragos en tantas partes de nuestro mundo hoy en día están empujando a millones de civiles inocentes cada vez más cerca de la inanición y la hambruna. Insto al Consejo a mostrar el liderazgo que el mundo necesita con urgencia en estos momentos. Algunos miembros del Consejo han dado un paso adelante para proporcionar una financiación generosa destinada a la asistencia alimentaria de emergencia, y eso ha ayudado a nuestros equipos a evitar la hambruna. Otros deben hacer lo mismo. Sin embargo, además de la financiación, necesitamos con urgencia soluciones políticas para acabar con estas guerras. Entretanto, necesitamos acceso para llegar a todas las personas necesitadas. Necesitamos la ayuda del Consejo en ambas tareas.

Quiero recordar a todos que advertí al Consejo de Seguridad, en abril de 2020 (véase S/2020/340, anexo II), que entonces nos enfrentábamos a una hambruna y a una inanición de proporciones bíblicas. El Consejo intervino con fondos y una tremenda respuesta, y evitamos la catástrofe. Estamos de nuevo al límite, e incluso en una situación peor. Tenemos que hacer todo lo que podamos: pongamos todos manos a la obra, con cada fibra de nuestro cuerpo. Las personas hambrientas del mundo cuentan con nosotros y no debemos defraudarlas.

La Presidenta (*habla en francés*): Agradezco al Sr. Beasley su exposición informativa completa y precisa.

Tienen ahora la palabra los miembros del Consejo que deseen formular una declaración.

Sr. Costa Filho (Brasil) (*habla en inglés*): Para empezar, quiero dar las gracias a la Presidencia francesa del Consejo de Seguridad por haber apoyado la convocatoria de la sesión de hoy, a propuesta del Brasil e Irlanda. Como puntos focales en el Consejo sobre seguridad alimentaria y conflictos armados, nos proponemos seguir destacando la importancia fundamental de la seguridad alimentaria para prevenir y solucionar los conflictos, así como para mitigar el impacto de los enfrentamientos armados en la población más vulnerable. Asimismo, quisiera dar las gracias a nuestros exponentes de hoy por sus exposiciones informativas tan precisas y pertinentes. Cada uno de ellos puso de relieve un aspecto complementario del impacto de los conflictos en la seguridad alimentaria, así como recomendaciones para que las Naciones Unidas y sus Estados Miembros aborden la cuestión.

La situación de la inseguridad alimentaria mundial, sobre todo en los países en conflicto, es más alarmante que nunca. Según el *Global Report on Food Crises* más reciente, somos testigos del mayor número de personas en situación de crisis o peor desde que se publicó el informe. Esa cifra, 205 millones, equivale casi a la población total del Brasil. Según todas las mediciones y parámetros, un nivel tan alto de inseguridad alimentaria es inaceptable.

La nota que hoy nos ocupa explica por qué este panorama es aún más sombrío en los países afectados por conflictos. En el Yemen, las tierras agrícolas corren peligro producto de las minas terrestres, a pesar de la suspensión de las hostilidades. En Sudán del Sur, muchos niños sufrirán de por vida las consecuencias, debido a la violencia y a la falta de acceso a las escuelas y a las comidas en los centros escolares. En Etiopía, las cosechas se pierden producto de los desplazamientos forzados, y en el noreste de Nigeria, grupos armados no estatales impiden el uso de carreteras que son vitales para la distribución de alimentos. Nada de esto ocurre en un vacío, sino que se suma a una combinación ya preocupante de fenómenos climáticos extremos y de crisis macroeconómica. El conflicto en Ucrania, unido a los efectos de las sanciones unilaterales aplicadas por algunos países, ha agravado la situación.

Los conflictos armados y la inseguridad alimentaria crean un ciclo vicioso que atrapa a la población y a los países en una espiral de deterioro de las condiciones de vida. Los conflictos generan desplazamientos forzados, destruyen infraestructura esencial y degradan suelos que de otro modo serían viables. La inseguridad alimentaria intensifica la competencia por los recursos

y obstaculiza cualquier otra forma de desarrollo humano que pueda propiciar el surgimiento de las condiciones necesarias para la estabilización y la paz sostenible. Tenemos que romper ese ciclo, y para ello necesitamos adoptar medidas concretas en los tres pilares de las Naciones Unidas.

Permítaseme empezar por el frente humanitario. El informe del Programa Mundial de Alimentos (PMA) y la nota de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios explican claramente la realidad. Dos factores simultáneos, a saber, la carestía de los alimentos y el creciente número de personas que padecen inseguridad alimentaria aguda, están poniendo en peligro las iniciativas dirigidas a prestar asistencia alimentaria humanitaria. Esos dos factores ejercen presión sobre el sistema e incrementan el déficit de financiación. Los países donantes y todos aquellos que estén en condiciones de hacerlo deben dar el paso al frente para que ningún organismo humanitario tenga que elegir entre los que padecen hambre y los que están muriendo de hambre.

Las medidas de estabilización y transparencia del mercado también pueden desempeñar un papel importante. Esas medidas contribuyen a reducir los precios de los alimentos, lo que puede aliviar la presión sobre el PMA y dentro de los países afectados, y puede mejorar la accesibilidad de los alimentos. La nota presenta un claro ejemplo de que, en el caso del Yemen, la disminución del poder adquisitivo y el aumento de los precios de los alimentos están contribuyendo al deterioro de las condiciones humanitarias. A ese respecto, construir un sistema de comercio multilateral verdaderamente abierto y justo para el sector agroalimentario y erradicar las prácticas históricas que distorsionan los precios y el comercio, así como proporcionar subvenciones, son también medidas importantes para ayudar a reforzar los medios de vida, incluso en el caso de la población por conflictos.

Esto me lleva a mi segunda observación, que se refiere al papel fundamental que desempeña el desarrollo sostenible en la mitigación de la inseguridad alimentaria y la promoción de soluciones duraderas en los países afectados por conflictos. Medidas, como las que la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) promueve en Etiopía, entre las que se incluyen la entrega de semillas y la mejora de la producción de cultivos, y que van dirigidas a generar capacidades productivas o a reconstruir las que existían antes, son esenciales para evitar que los productores y los consumidores tengan que desplazarse internamente y sean afectados por la inseguridad alimentaria grave. Las inversiones en esas soluciones duraderas, cuando van acompañadas

de sistemas eficaces de alerta temprana, también pueden ser medidas concretas para prevenir conflictos y promover la estabilización a largo plazo en contextos posteriores a conflictos.

El Brasil conoce muy bien cómo producir más con menos insumos y cómo maximizar los rendimientos agrícolas, incluso en condiciones desfavorables; además, tiene una amplia experiencia en materia de cooperación Sur-Sur y mantiene asociaciones de larga data con el PMA y la FAO. Estamos dispuestos a apoyar esa agenda y queremos pedir a todos los Estados Miembros que redoblen sus esfuerzos y faciliten no solo asistencia humanitaria, sino también capacidad técnica y transferencias de tecnología, para que los países afectados por conflictos puedan erigir sistemas alimentarios productivos, competitivos y sostenibles. Como ha indicado la FAO en múltiples ocasiones, solo una pequeña parte de los recursos que se destinan a la asistencia alimentaria y agrícola se asignan a proyectos de creación de capacidad. Por supuesto, en muchos casos, si no todos, las medidas a ese respecto no son competencia del Consejo de Seguridad, y creemos que el Consejo debe mantener su atención centrada estrictamente en la paz y la seguridad. No obstante, puede que, en ocasiones, los órganos idóneos para promover soluciones orientadas al desarrollo carezcan de conocimientos técnicos y políticos con respecto a las zonas afectadas por conflictos. En ese contexto, creemos que la Comisión de Consolidación de la Paz está en una posición privilegiada para ayudar a llenar ese vacío, tendiendo puentes entre la paz y la seguridad y las soluciones dirigidas al desarrollo, y movilizando el apoyo internacional, en cooperación con los organismos con sede en Roma y con todo el sistema de las Naciones Unidas, sin dejar de mantener, al mismo tiempo, su enfoque basado en la demanda y la correspondencia con las prioridades de consolidación de la paz de los países de que se trate.

Por último, pero no por ello menos importante, quiero referirme a la cuestión de la paz y la seguridad. Las medidas dirigidas a colmar los déficits de financiación humanitaria y a mantener la producción agrícola son indispensables, pero no cumplirán su objetivo si los conflictos mantienen las carreteras bloqueadas y la gente no puede trabajar la tierra. La tregua en el Yemen y la Iniciativa sobre la Exportación de Cereales por el Mar Negro han demostrado que incluso los pequeños pasos a favor de la paz y la estabilización pueden repercutir de forma positiva en la seguridad alimentaria. Tenemos que preservar y aprovechar esos avances graduales. Gracias a la resolución 2417 (2018), el Consejo

tiene un marco para lograrlo. Debemos hacer valer sus disposiciones, proporcionar herramientas para que se apliquen en consonancia con las recomendaciones presentadas en la nota, y asegurarnos de que esa sea la columna vertebral de nuestra acción con respecto a la seguridad alimentaria y a los conflictos.

Sr. Mythen (Irlanda) (*habla en inglés*): Le doy las gracias, señora Presidenta, por haber organizado esta sesión tan importante. Doy las gracias también a los ponentes por la información proporcionada al Consejo de Seguridad esta tarde, que no nos ha dejado ninguna duda sobre la gravedad y la urgencia de la situación, en momentos en que millones de personas se enfrentan al hambre inducida por los conflictos. Sus descarnadas exposiciones, no solo en relación con la situación expuesta en la nota, sino también sobre Somalia y el Afganistán, dejan clara la necesidad de que el Consejo no solo escuche esas advertencias, como se prevé en la resolución 2417 (2018), sino que escuche y actúe. Tenemos una responsabilidad colectiva con los que mueren de hambre como consecuencia de los conflictos no resueltos y la inseguridad. Acojo con satisfacción las recomendaciones que figuran en la nota recibida antes de esta sesión. Esas recomendaciones ponen de relieve el vínculo que existe entre el hambre y el conflicto. Este fenómeno está intrínsecamente ligado a nuestra responsabilidad de mantener la paz y la seguridad internacionales. Centraré mis observaciones en tres cuestiones.

En primer lugar, la información actualizada que hemos recibido hoy es clara e irrefutable. Los conflictos están exacerbando, impulsando y prolongando el hambre y la hambruna. Estamos fracasando en nuestro propósito de enfrentar el reto de alcanzar el hambre cero, y ese fracaso obedece en gran medida a los conflictos armados. La demanda de ayuda humanitaria para salvar y preservar vidas está superando nuestra capacidad de respuesta. Los organismos de las Naciones Unidas y las organizaciones no gubernamentales se ven obligados a quitar alimentos a quienes sufren hambre para alimentar a quienes están muriendo de hambre. Los avances logrados con tanto esfuerzo se están echando atrás. Los logros se están deshaciendo. El futuro de millones de personas es sombrío. Esta es una condena categórica tanto a la situación de inseguridad alimentaria que existe en el mundo como a la respuesta del Consejo al hambre inducida por los conflictos.

La crisis de inseguridad mundial, exacerbada por la invasión rusa a Ucrania, ha puesto a prueba la respuesta internacional. Fenómenos climáticos, como la prolongada sequía en el Cuerno de África, se han visto

agravados por la escasez de suministros y recursos alimentarios de carácter humanitario. Los ponentes de hoy también han sido muy claros en cuanto a que existe un peligro muy real de hambruna producto de la sequía en Somalia. El Ministro de Estado para la Ayuda al Desarrollo en el Extranjero de Irlanda lo vio con sus propios ojos a principios de este mes en Sudán del Sur, donde fue testigo del impacto desproporcionado que tienen el hambre y el conflicto sobre las mujeres y los niños, y donde constató que las tasas de desnutrición infantil se habían duplicado desde febrero.

Actualmente, el hambre provocada por los conflictos se está cobrando vidas y está alterando los resultados futuros de varias generaciones, lo que constituye un daño que no podemos deshacer, pero respecto del cual podemos y debemos trabajar con objeto de evitar que se produzca en el futuro.

Mi segunda observación es que el hambre no es solo una consecuencia del conflicto. También es empleada cínicamente por algunos como arma de guerra.

En el Yemen, los restos explosivos de la guerra han hecho que las tierras agrícolas queden inutilizadas para las poblaciones que dependen plenamente de ellas para su subsistencia. En el nordeste de Nigeria, los grupos armados no estatales han saqueado los activos agrícolas. Ello ha reducido la disponibilidad de alimentos de las comunidades necesitadas.

Al mismo tiempo, las partes en conflicto están desviando o bloqueando las corrientes de ayuda vital para las comunidades más necesitadas. En la región de Tigré, en el norte de Etiopía, el acceso a los suministros de ayuda críticos se ha visto profundamente limitado. Los trabajadores humanitarios en Sudán del Sur, Etiopía y otros contextos afectados por el conflicto han sido objeto de ataques, secuestros e incluso asesinatos mientras desempeñaban su esencial labor. Irlanda condena esos actos con la mayor rotundidad posible.

No puede permitirse que queden impunes las partes en un conflicto armado en el que se ataca a los agentes humanitarios y se hace uso del hambre y la denegación del acceso a la asistencia humanitaria a los civiles. La ley es clara, incluidas las resoluciones del Consejo de Seguridad. Debe haber rendición de cuentas por las violaciones del derecho internacional humanitario.

En tercer lugar, si bien la asistencia humanitaria es esencial, no es la respuesta a la lacra del hambre provocada por los conflictos. La respuesta es la paz. A menudo hablamos en esta mesa de la necesidad de

actuar pronto para prevenir el sufrimiento antes de que sea demasiado tarde. Ello implica tener el valor de actuar para proteger a los civiles. Implica presionar a las partes en el conflicto para que se sienten a la mesa. Esa es nuestra labor.

Como en todos los contextos, la paz sostenible requiere de la participación activa de las mujeres en todos los procesos. Requiere de la aportación de los jóvenes en la configuración de su futuro.

En el Yemen, una prórroga de la tregua que conduzca a un alto el fuego duradero es el camino más viable hacia un acuerdo político inclusivo, dirigido y asumido como propio por el pueblo yemení.

El conflicto en Tigré es un claro ejemplo del hambre provocada por el conflicto. Lo que queremos transmitir a las partes es simple: deben abandonar la lucha y retornar a la mesa de negociaciones. Así se erradicará el riesgo de hambruna. La opinión invariable de Irlanda ha sido que la forma de poner fin al conflicto en Etiopía es hacerlo a través del proceso de mediación dirigido por la Unión Africana. Nosotros, los miembros del Consejo de Seguridad, debemos prestar nuestro pleno apoyo a ese proceso.

El camino hacia la paz y la seguridad en Sudán del Sur debe comprender la rendición de cuentas: la rendición de cuentas por las graves violaciones y abusos del derecho internacional humanitario y de los derechos humanos, incluida la violencia sexual y de género relacionada con los conflictos perpetrada por las partes en el conflicto.

En el nordeste de Nigeria, la finalización del conflicto de larga data posibilitará que se pueda prestar la tan necesaria —y vergonzosamente bloqueada— asistencia y protección humanitaria para salvar vidas. También posibilitará que se ponga fin a los factores impulsores del reclutamiento forzoso de niños y los ataques y persecuciones aborrecibles perpetrados contra trabajadores humanitarios.

La respuesta a la violencia, las violaciones y el sufrimiento mencionados hoy reside en la paz y la seguridad, que es la esencia de nuestro mandato colectivo. Nuestra voluntad política debe estar a la altura de las necesidades para poner fin a ese ciclo mortal e invertir la escalada del hambre provocada por los conflictos.

Sr. Dai Bing (China) (*habla en chino*): Doy las gracias al Secretario General Adjunto Griffiths, al Director Ejecutivo Beasley y al Economista Jefe Torero por sus exposiciones informativas.

La seguridad alimentaria es al mismo tiempo un elemento clave para lograr una paz y seguridad duraderas y un reto de larga data al que hace frente la comunidad internacional. Debemos mantener la calma y el pragmatismo y centrarnos tanto en el presente para resolver los asuntos urgentes como en el futuro a largo plazo con objeto de lograr la consecución del objetivo de erradicar el hambre. A este respecto, China desea hacer hincapié en las tres cuestiones siguientes.

Debemos promover la solución política de las cuestiones candentes. Los conflictos armados socavan la producción agrícola, destruyen la infraestructura agrícola, perturban el comercio de alimentos, provocan desplazamientos y empeoran directamente las condiciones locales de seguridad alimentaria. Mientras los conflictos y las guerras no se solucionen por completo, la población local seguirá padeciendo hambre. La comunidad internacional debe promover enérgicamente la solución política de las cuestiones candentes y fomentar un entorno pacífico y seguro para garantizar la seguridad alimentaria.

En segundo lugar, debemos garantizar unas cadenas industriales y de suministro estables y exentas de fricciones. El Secretario General Guterres ha afirmado que en nuestro mundo hay suficientes alimentos para todos, y que el problema radica en su distribución. Los principales exportadores de alimentos y los países en los que hay grandes empresas de cereales deben aunar esfuerzos para frenar la inflación artificial de los precios de los alimentos. Hasta ahora, se han enviado más de 700.000 toneladas de cereales a destinos de todo el mundo en el marco de la Iniciativa sobre la Exportación de Cereales por el Mar Negro. Actualmente, debido a numerosos obstáculos en la liquidación bancaria, los seguros y el transporte marítimo, millones de toneladas de fertilizantes rusos están varados en los puertos de Europa, y no se ha podido exportar a tiempo. Es imperioso eliminar esas barreras para garantizar la corriente libre y constante de los recursos agrícolas clave.

En tercer lugar, debemos ayudar a la población de las zonas en conflicto a superar las dificultades. El año pasado, 53 países y regiones padecieron inseguridad alimentaria. En la actualidad, alrededor de 7,7 millones de personas en Sudán del Sur se enfrentan a la escasez alimentaria; 4,1 millones de personas en Nigeria carecen de una fuente de alimentos segura; el Yemen está sumido en la crisis alimentaria más grave de los últimos años; en Somalia, millones de personas luchan por ganarse la vida en un contexto de una gran sequía que ya entra en su séptimo año; y no se están cubriendo las necesidades básicas de muchas familias afganas.

Nadie ni ningún país debe quedarse atrás en la consecución de la seguridad alimentaria. Solo se puede aumentar la ayuda a las regiones y países en conflicto, y no reducirla. Los países desarrollados deben cumplir seriamente la obligación que han asumido de destinar el 0,7 % de su renta nacional a la asistencia oficial para el desarrollo. Las instituciones financieras internacionales y las economías desarrolladas deben intensificar su política y su apoyo financiero a los países en desarrollo que afrontan dificultades especiales.

En cuarto lugar, debe reforzarse ampliamente la capacidad en materia de seguridad alimentaria. En la actualidad, el modelo de oferta y demanda de alimentos en el mundo se caracteriza por una producción de alimentos sumamente concentrada en unos pocos países y un consumo muy disperso a nivel geográfico. Ayudar a un mayor número de países a mejorar su autosuficiencia en materia de alimentos es el medio más directo y eficaz de mejorar la seguridad alimentaria. Debemos ayudar a los países correspondientes a aumentar la inversión agrícola, apoyar la pronta recuperación y reconstrucción de las infraestructuras agrícolas y reforzar el apoyo a las tecnologías agrícolas. Los países desarrollados deben reducir las barreras comerciales y técnicas y brindar más apoyo a los países en desarrollo en la financiación de tecnologías, mercados y creación de capacidades, entre otras cosas.

China, que es el país más poblado del mundo, ha logrado alimentar a aproximadamente una quinta parte de la población mundial con menos del 9 % de la tierra cultivable del mundo. Ello constituye, en sí mismo, una contribución importante a la seguridad alimentaria mundial. China ha aportado más fondos y expertos y emprendido más proyectos en el marco del programa de Cooperación Sur-Sur de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) que ningún otro país en desarrollo. Creamos el Fondo Fiduciario para la cooperación Sur-Sur entre la FAO y China para ayudar a los países en desarrollo a fortalecer sus capacidades para la mitigación de la pobreza, la producción agrícola y la seguridad alimentaria.

China ha cooperado en materia agrícola con más de 140 países y regiones y ha proporcionado más de 1.000 tecnologías agrícolas a otros países en desarrollo, lo que ha posibilitado que el rendimiento de sus cultivos aumente entre un 30 % y un 60 % de media, lo que ha beneficiado a más de 1,5 millones de pequeños hogares agrícolas. China seguirá trabajando con todos los países del mundo para reforzar aún más su contribución al mantenimiento de la seguridad alimentaria.

Sra. Nusseibeh (Emiratos Árabes Unidos) (*habla en inglés*): Yo también quisiera dar las gracias a los Sres. Martin Griffiths, Máximo Torero y David Beasley por sus excelentes exposiciones informativas. La envergadura de las crisis que describen es, como dijo David Beasley, de proporciones bíblicas. Sus proyecciones sobre los cientos de miles de personas que experimentarán niveles catastróficos de inseguridad alimentaria son, ciertamente, profundamente alarmantes, y ese llamamiento a la acción no debe quedar sin respuesta.

Hace cuatro años, el Consejo de Seguridad aprobó por unanimidad la resolución 2417 (2018). En ella se reconocían las repercusiones que los conflictos armados ejercen en la seguridad alimentaria y se expresaba la intención del Consejo de prestar toda su atención a la cuestión. Desde entonces, la necesidad de que nos ocupemos detenidamente de esa cuestión nunca ha sido mayor, y agradecemos a quienes han señalado este asunto a la atención del Consejo.

Quisiera hacer las siguientes observaciones sobre la incidencia de la inseguridad alimentaria en algunas de las situaciones de conflicto que estamos examinando hoy, tal y como han señalado los ponentes.

En cuanto al Yemen, reiteramos que los huzíes deben poner fin a todas las violaciones de la actual tregua humanitaria y aplicarla plenamente para poder salir adelante. En la nota de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios se destaca cómo el bloqueo de las carreteras por parte de los huzíes para entrar y salir de Taiz está perpetuando graves penurias para la población civil. Esa cuestión puramente humanitaria que afecta a millones de yemeníes debe solucionarse sin demora. En la nota también se deja claro cómo el apoyo económico urgente puede mejorar las condiciones de vida de la población.

En el Cuerno de África, incluidas Etiopía y Somalia, la actividad agrícola sigue viéndose socavada por el cambio climático y fenómenos como la escasez de agua, la degradación de las tierras de cultivo y los ciclos letales de sequías y crecidas repentinas. Sus efectos se ven gravemente exacerbados por los conflictos, la violencia y los desplazamientos en toda la región. Es fundamental garantizar que los millones de personas que corren el riesgo de morir de hambre puedan tener acceso a los alimentos. La comunidad internacional debe apoyar la labor de los asociados locales y regionales en el Cuerno de África para elaborar mecanismos que ayuden a las comunidades a crear resiliencia para mitigar los riesgos de la inseguridad alimentaria cada vez mayor.

En Etiopía, en particular, es imperativo aprovechar los recientes acontecimientos para revitalizar la tregua humanitaria indefinida, que fue fundamental para reanudar la ayuda humanitaria.

Por último, en Sudán del Sur la creciente inseguridad alimentaria es el resultado de la dinámica y los retos complejos que afronta el país, como el aumento de las tensiones intercomunitarias, el impacto del cambio climático y las limitadas infraestructuras. Nuestros esfuerzos colectivos encaminados a atender las necesidades humanitarias del pueblo de Sudán del Sur son ahora más críticos que nunca.

En cuanto a las repercusiones más amplias de la inseguridad alimentaria en el mundo, quisiera plantear tres cuestiones.

En primer lugar, sabemos que los enfoques específicos a corto plazo no serán suficientes para abordar el impacto que tienen los conflictos armados, el aumento de los precios de los alimentos, el estancamiento del crecimiento económico y las interrupciones en las cadenas de suministro mundiales. Las partes en conflicto deben participar de forma constructiva para forjar marcos de cooperación permanente en cuestiones como los problemas de seguridad del acceso humanitario y la distribución de alimentos. De hecho, la inseguridad alimentaria forma parte de un síntoma de divisiones más profundas. La ventaja añadida de ese enfoque es que la cooperación entre las partes para abordar la seguridad alimentaria a nivel técnico puede realmente contribuir a crear la confianza necesaria para lograr progresos políticos más amplios en las cuestiones subyacentes al conflicto.

En segundo lugar, tenemos que hacer más para aliviar los efectos de la actual crisis alimentaria mundial, agravada por los conflictos recientes. Ucrania y Rusia representan el 12 % de todas las calorías comercializadas en el mundo, y unos 26 países dependían de ellas para el 50 % de sus cereales. Los Emiratos Árabes Unidos, como país que importa la mayoría de nuestros productos alimenticios, comprenden las vulnerabilidades a las que están expuestos los importadores de alimentos. Para empeorar las cosas, el incremento de los precios de los fertilizantes sigue presionando a los productores de alimentos, aumentando los costos, reduciendo los rendimientos y amenazando las futuras cosechas. Los cereales y otros alimentos ucranianos deben llegar a las personas más necesitadas, no solo a las que pueden pagarlos. Asimismo, como se señaló en la exposición informativa que escuchamos al principio de esta sesión, los fertilizantes desempeñan un papel fundamental para

garantizar las futuras cosechas, y los fertilizantes rusos deben poder llegar a los mercados mundiales para contribuir a garantizar que la futura producción agrícola no se vea ya amenazada.

En tercer lugar, la actual crisis de seguridad alimentaria es un ejemplo elocuente de cómo los efectos del cambio climático pueden contribuir a la inseguridad. Los países en desarrollo, especialmente los Estados frágiles, están más expuestos a las catástrofes naturales causadas por el clima que, a su vez, reducen la producción agrícola. Eso tiene actualmente incidencia en las vidas y los medios de subsistencia de millones de personas en todo el mundo. Sin embargo, actualmente solo 2 dólares per cápita de la financiación climática llegan a los países extremadamente frágiles, 80 veces menos que a otros países en desarrollo que también están desatendidos. Debemos conceder prioridad a las inversiones en sistemas de alerta temprana, a la acción anticipatoria y a la resiliencia agrícola, y debemos aumentar el apetito de riesgo de las instituciones financieras internacionales.

En el Consejo, los Emiratos Árabes Unidos han defendido sistemáticamente que se tengan en cuenta más agentes de conflicto no convencionales, por ejemplo recibiendo información periódica actualizada sobre los factores de riesgo en entornos frágiles. Eso, a su vez, contribuirá a la acción preventiva del Consejo para hacer frente al empeoramiento de las situaciones de seguridad y humanitarias preocupantes. El clima y la seguridad alimentaria están estrechamente relacionados, y ambos son fundamentales para mantener la paz y la seguridad internacionales. Los Emiratos Árabes Unidos esperan trabajar con todos los miembros del Consejo y con todos los Estados Miembros para garantizar que la seguridad alimentaria reciba la atención global que merece.

Sr. Gómez Robledo Verduzco (México): Mi delegación agradece las presentaciones del Secretario General Adjunto Martin Griffiths, del Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos (PMA), Sr. David Beasley, y del Sr. Maximo Torero, de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.

Como hemos escuchado, los desafíos en materia de seguridad alimentaria no tienen precedente alguno en nuestra historia contemporánea. El conflicto es una de las principales causas del hambre, aunque no es la única. Según el PMA, 345 millones de personas en 82 países se enfrentan a una aguda inseguridad alimentaria, en comparación con 282 millones al inicio de este año; 50 millones de personas en 45 países se encuentran al borde de la hambruna, y se estima que hasta 60 millones de niños

y niñas podrían experimentar una desnutrición grave al final de este año. Estas cifras son terribles y deben dar lugar a la acción colectiva para invertir esta situación.

La llamada nota blanca proporcionada por la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios, como un elemento de alerta temprana y en consonancia con los mandatos del Consejo de Seguridad, es una herramienta útil para identificar los problemas de manera oportuna y realizar acciones concretas para evitar que los riesgos de inseguridad alimentaria y hambruna aumenten.

La precaria situación alimentaria en muchos países se ha visto exacerbada también a raíz del conflicto en Ucrania. Reiteramos, en este contexto, nuestro hondo reconocimiento a los esfuerzos del Secretario General y de Türkiye por el acuerdo alcanzado, que ha permitido las exportaciones de granos desde Ucrania. Ello ha permitido disminuir el precio de los alimentos. No obstante, colocar más granos en los mercados no se ha traducido, desafortunadamente, en la reducción de las condiciones de hambruna en varias partes del mundo. En este sentido, y como ya se ha dicho, es igualmente importante que los fertilizantes y los productos alimentarios rusos también puedan llegar a los mercados globales.

Acabar con el hambre y la malnutrición, enfrentar las crisis humanitarias, prevenir y solucionar los conflictos no son tareas separadas; son aspectos diferentes de un mismo desafío, y no es coincidencia que en los cinco países que identifica el PMA con mayor riesgo de hambruna —a saber, el Afganistán, Etiopía, Somalia, Sudán del Sur y el Yemen— existen situaciones de conflicto. Pero estos países tampoco son los únicos que padecen hambre, y el hambre está presente incluso entre los países más desarrollados.

Es esencial, pues, atacar las causas estructurales que ocasionan la inseguridad alimentaria y la hambruna. Es por ello que, entre otros, llamamos a las partes en Etiopía a poner fin a las hostilidades en el norte de ese país.

En el Yemen, instamos a mantener y expandir las condiciones de la tregua. En ambos casos, pero también en el Afganistán, es imprescindible que se garantice el acceso de la asistencia humanitaria en forma irrestricta y segura.

En Somalia somos testigos de una de las peores sequías en décadas, mientras que las poblaciones de Sudán del Sur son víctimas de las inundaciones. Debemos crear las condiciones de resiliencia necesarias para hacer frente a los efectos adversos del cambio climático, que es el otro factor que exacerba la inseguridad alimentaria. Debemos, por tanto, abordar de manera diferenciada la

hambruna y la inseguridad alimentaria. Por ello, México propone lo siguiente, como pasos iniciales.

Para enfrentar las causas estructurales de los riesgos de hambruna, debemos contribuir a buscar soluciones políticas pacíficas y negociadas a los conflictos armados y a la violencia a través de todos los medios disponibles para ello, empezando por los que establece la Carta de las Naciones Unidas. Para atender directamente la inseguridad alimentaria, debemos fomentar el incremento de las producciones locales; reducir los desperdicios alimenticios, que son absolutamente escandalosos; lograr el acceso a los fertilizantes; mejorar los sistemas de protección social para personas en situación de vulnerabilidad, e incrementar la funcionalidad de las cadenas de suministro de fertilizantes y de semillas. Es inaceptable que, en un mundo de sobreabundancia material y de hiperconsumo, millones de personas se enfrenten a inseguridad alimentaria o se encuentren en situación de hambruna por culpa de nuestra indiferencia colectiva y, también, de la profundamente injusta distribución del ingreso que sigue siendo endémica en tantos países.

Sra. Juul (Noruega): Permítaseme comenzar expresando nuestra sincera gratitud a la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA), la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura y el Programa Mundial de Alimentos por haber compartido sus importantísimos conocimientos.

Hemos escuchado con gran preocupación la exposición de OCHA sobre la situación actual de la inseguridad alimentaria derivada del conflicto y la violencia en Etiopía, el nordeste de Nigeria, Sudán del Sur y el Yemen. Asimismo, consideramos alarmantes los niveles de inseguridad alimentaria existentes en Somalia y el Afganistán. En la nota blanca de OCHA se apunta claramente al conflicto como motor de la inseguridad alimentaria y se subraya la importancia del mecanismo de alerta temprana previsto en la resolución 2417 (2018). Es evidente que el Consejo puede tener un papel preventivo en el marco de dicha resolución, mediante la disolución del ciclo del conflicto armado y el hambre y la intensificación de los esfuerzos del Consejo orientados a evitar los conflictos en primer lugar. Además, el Consejo debe pronunciarse con claridad y firmeza contra las violaciones del derecho internacional humanitario y en favor de la rendición de cuentas, incluso en relación con la obstrucción de la asistencia humanitaria y la práctica de hacer pasar hambre como método de guerra.

Una cuestión impactante que exige la atención del Consejo es la dinámica del conflicto en el Cuerno de

África. La población civil de esa región viene sufriendo desde hace varios años inseguridad alimentaria generalizada debido al conflicto y la violencia, y en estos momentos la reanudación de los combates en Tigré está teniendo consecuencias graves e inmediatas para la región. El Consejo debería alentar y apoyar de manera urgente la labor de buenos oficios de la Unión Africana y de las Naciones Unidas para trabajar en busca de un alto el fuego inmediato y el inicio de las conversaciones.

Agradecemos y apoyamos las recomendaciones generales y específicas para cada contexto que se plantean en la nota blanca de OCHA. También queremos destacar las repercusiones diferenciadas que la inseguridad alimentaria inducida por el conflicto tiene en función del género, en especial para las mujeres y los niños con malnutrición. Por ello, se debe responder con el papel activo de las mujeres en la prevención de la inseguridad alimentaria y los conflictos, así como en la concepción y aplicación de las iniciativas de consolidación de la paz y las respuestas humanitarias.

La inseguridad alimentaria mundial se ha visto agravada por la guerra ilegal de Rusia contra Ucrania, con consecuencias de gran alcance para millones de personas. De nuevo, encomiamos al Secretario General por la puesta en marcha de la Iniciativa sobre la Exportación de Cereales por el Mar Negro. Debemos asegurarnos de que beneficie a los más vulnerables. La crisis alimentaria mundial exige que amplíemos la financiación y las inversiones destinadas a la producción de alimentos y el fomento de la resiliencia, tanto en las zonas de conflicto como fuera de ellas. Además, debemos dar una respuesta que permita reducir riesgos futuros, garantizando una mejor interacción entre los esfuerzos humanitarios, de desarrollo y de paz y abordando el cambio climático como factor impulsor de nuevos conflictos. En consecuencia, Noruega ha ampliado su propia financiación, y nuestra nueva estrategia de seguridad alimentaria se centra en los pequeños productores de alimentos y en la resiliencia frente al clima.

Finalmente, agradecemos las recomendaciones que se plantean con claridad en la nota blanca de OCHA sobre el papel de las organizaciones regionales. Estamos de acuerdo en que debemos reforzar las alianzas con la Unión Africana y otras organizaciones regionales como un elemento fundamental de nuestros esfuerzos orientados a prevenir tanto los conflictos como la inseguridad alimentaria.

Sr. Ravindran (India) (*habla en inglés*): Permítaseme que dé las gracias a las delegaciones del

Brasil y de Irlanda por haber convocado la sesión de hoy. Expreso también mi gratitud al Secretario General Adjunto Griffiths; el Economista Jefe de la Organización para la Alimentación y la Agricultura, Sr. Torero; y el Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos, Sr. Beasley, por sus declaraciones.

El nivel de inseguridad alimentaria ha alcanzado proporciones alarmantes. Más de 140 millones de personas se ven afectadas por el hambre inducida por el conflicto. Más de 640.000 se enfrentan a niveles catastróficos de inseguridad alimentaria en zonas de Sudán del Sur, Somalia, el Yemen, Etiopía y otros lugares. El Afganistán y Sri Lanka, en la vecindad de la India, se han visto también gravemente afectados por la crisis de la inseguridad alimentaria. Las repercusiones mundiales de la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID-19) y los conflictos en curso, incluido el de Ucrania, han tenido un impacto adverso en la vida de la gente común, con un ascenso vertiginoso de los precios de la energía y los productos básicos y perturbaciones de las cadenas logísticas y de suministro mundiales. Estos efectos se han hecho sentir de manera desproporcionada en los países del Sur Global y están desbaratando los esfuerzos de esos países por garantizar la seguridad alimentaria y erradicar la pobreza de cara a 2030.

La repentina subida de los precios mundiales del trigo y otros cereales alimentarios ha puesto en peligro nuestra propia seguridad alimentaria, así como la de nuestros vecinos y otros países vulnerables. Una serie de sociedades de bajos ingresos se enfrentan hoy al doble desafío derivado del aumento de los costos y la dificultad para acceder a los cereales alimentarios. Es evidente que se está recurriendo al acaparamiento y la especulación. Para gestionar nuestra propia seguridad alimentaria general y apoyar las necesidades de los países vecinos y de otros países en desarrollo vulnerables, hemos puesto en marcha algunas medidas relativas a la exportación de cereales alimentarios. Quiero dejar claro que dichas medidas permiten exportar, previa autorización, a los países que soliciten el apoyo de la India para satisfacer sus demandas en materia de seguridad alimentaria. Esta política nos permite dar realmente una respuesta a los más necesitados. Es imprescindible que todos valoremos adecuadamente la importancia de la equidad, la asequibilidad y la accesibilidad en lo que respecta a los cereales alimentarios. Ya vimos cómo esos principios se pasaban por alto en el caso de las vacunas contra la COVID-19, donde la idea del mercado libre se utilizó como argumento para perpetuar la desigualdad y promover la discriminación. Frente al

aumento de los desafíos relacionados con la inseguridad alimentaria en todo el mundo, las medidas que debemos adoptar están claras.

En primer lugar, la seguridad alimentaria y la seguridad energética están interrelacionadas y se plantean como cuestiones urgentes. Reiteramos que la comunidad internacional debe trabajar de manera colectiva para encontrar soluciones comunes mediante el diálogo y la diplomacia. A ese respecto, apreciamos el empeño del Secretario General por establecer el Grupo de Respuesta Mundial a la Crisis de la Alimentación, la Energía y las Finanzas, en conexión con la apertura de la exportación de cereales desde Ucrania a través del Mar Negro y la facilitación de las exportaciones de alimentos y fertilizantes rusos.

En segundo lugar, el acceso humanitario rápido a las personas necesitadas en todas las zonas afectadas por el conflicto y la violencia es crucial. Paralelamente, los principios rectores de las Naciones Unidas en materia de asistencia humanitaria —humanidad, neutralidad, imparcialidad e independencia— son primordiales. Estas medidas no deben ser objeto de politización. Por otro lado, hay que evitar asociar la asistencia humanitaria y para el desarrollo al avance de los procesos políticos. Al mismo tiempo, recientemente, hemos visto una tendencia preocupante en la que la ayuda humanitaria, incluidos los suministros de combustible muy necesarios para el Programa Mundial de Alimentos, ha sido saqueada. Ello es inaceptable.

En tercer lugar, la creciente escasez de cereales alimentarios solo puede abordarse superando las limitaciones actuales. Celebramos la reciente decisión de la Organización Mundial del Comercio de eximir de las restricciones a la exportación de alimentos a las adquisiciones del PMA para la asistencia humanitaria. Sin embargo, eso no basta. Sin embargo, debemos ir más allá para marcar una diferencia genuina y liberar las limitaciones a las exportaciones de alimentos.

Por último, los conflictos armados y el terrorismo, junto con las condiciones meteorológicas extremas, las plagas de los cultivos, la inestabilidad de los precios de los alimentos, la exclusión y las conmociones económicas, pueden devastar cualquier economía frágil, y esta situación genera inseguridad alimentaria y aumenta la amenaza de hambruna. Por lo tanto, es en extremo esencial el apoyo a la creación de capacidades para los países que se enfrentan a estos problemas en el diseño, a la aplicación y al seguimiento de las políticas y los programas relacionados con la alimentación.

En cuanto a nuestro propio historial de ayuda a nuestros asociados en dificultades, incluso en el contexto de la pandemia de COVID-19 y de los conflictos actuales, la India nunca se ha quedado a la zaga. Hemos proporcionado ayuda alimentaria, como miles de toneladas métricas de trigo, arroz, legumbres y lentejas a varios países, incluso de nuestra vecindad y de África, para reforzar su seguridad alimentaria. Solo en los últimos tres meses, la India ha exportado más de 1,8 millones de toneladas de trigo a nuestros asociados más cercanos, como el Afganistán, Myanmar, el Yemen y el Sudán. La India seguirá cumpliendo sus promesas a la hora de prestar asistencia a sus asociados necesitados.

Sr. Nebenzia (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): Tomamos nota del oportuno tema de la sesión de hoy, y agradecemos a los Sres. Martin Griffiths, Máximo Torero y David Beasley sus opiniones y valoraciones.

La situación de los civiles como consecuencia del empeoramiento de la seguridad alimentaria, con el telón de fondo de numerosos conflictos armados en todo el mundo, sigue siendo sumamente preocupante. Las causas de las crisis alimentarias en cualquier país requieren un análisis específico, sin generalizaciones precipitadas. Sin embargo, según las estimaciones de los expertos, en la actualidad, los conflictos son la principal causa de malnutrición aguda en un par de decenas de Estados. Recientemente, el Secretario General advirtió del riesgo de hambruna masiva en cinco países, cuatro de los cuales han figurado en el programa de trabajo del Consejo de Seguridad durante años. Por desgracia, hoy en día, el tema de la seguridad alimentaria se manipula descaradamente con fines geopolíticos. Los países occidentales siguen culpando a Rusia de todos los problemas, incluida la crisis alimentaria, aun reconociendo que esta precedió a la operación militar especial en Ucrania. En el ataque propagandístico a Rusia, cualquier argumento que no se ajuste al objetivo de Occidente es declarado desinformación o propaganda, mientras que las afirmaciones de nuestros adversarios son calificadas de hechos. Por ello, debemos examinar la situación real.

En mayo, en una sesión del Consejo de Seguridad (véase S/PV.9036) y en los medios de comunicación, los representantes de las Naciones Unidas hablaron de la importancia de las exportaciones de grano a través del mar Negro desde Ucrania, a la que describieron como el granero del mundo. Señalaron que la región del mar Negro representa el 30 % de las exportaciones mundiales de trigo, sin mencionar que la cuota de Rusia es de alrededor del 25 %. Afirmaron que el principal problema

era el precio elevado de los alimentos y que si la cuestión de los puertos de Odesa seguía sin resolverse, morirían millones de personas, con “los más pobres entre los pobres” (*ibid.*, pág. 5) en todo el mundo “al borde de la inanición” (*ibid.*, pág. 23). En Rusia, comprendimos la gravedad de la situación y no bloqueamos la exportación de grano ucraniano a través del corredor humanitario que abrimos. Las verdaderas razones del problema de la exportación de cereales quedan ilustradas en el reciente incidente, en el que un buque de guerra rumano fue volado por una mina ucraniana a la deriva cerca de Constanza. Sin embargo, Rusia había garantizado que no explotaría la situación en favor de los fines de la operación militar especial. Türkiye y las Naciones Unidas mediaron en los acuerdos de Estambul, establecidos como un conjunto, y quiero señalar que ello fue idea de los promotores, no de Rusia.

¿Qué estamos viendo ahora? Incluso antes de la concertación del acuerdo relativo a los cereales, los precios del trigo habían caído hasta los niveles de diciembre de 2021. Después, en los dos meses transcurridos desde la puesta en práctica de la Iniciativa sobre la Exportación de Cereales por el Mar Negro, se han exportado alrededor de 3 millones de toneladas de grano. El índice de precios de los alimentos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) ha descendido por quinto mes consecutivo. Aunque sigue siendo elevado, los precios internacionales de los productos alimentarios no han dejado de aumentar desde 2020, mucho antes del deterioro de la situación en Ucrania. ¿Significa eso que se ha logrado el objetivo anteriormente declarado de bajar los precios? Si hemos de juzgar por las declaraciones de las Naciones Unidas, no se ha logrado. Los precios internacionales han bajado, pero eso no se ha traducido en precios más bajos a nivel nacional en los países del Sur. Entonces, ¿qué está pasando?

La geografía de los envíos en el marco de la Iniciativa sobre la Exportación de Cereales por el Mar Negro muestra que casi la mitad de todos los envíos se dirigen a países de altos ingresos, mientras que solo 6 envíos de 136 —es decir, el 4 %— con algo más de 250.000 toneladas de carga se dirigen a los países más pobres que padecen una crisis alimentaria. En comparación, 58 buques —es decir, el 42 %— con una carga de más de 1,2 millones de toneladas tenían como destino países de la Unión Europea. Más de la mitad de los envíos son de maíz, y según las estimaciones de la FAO, un porcentaje importante del maíz ucraniano de este año no es de calidad alimentaria. La mayor parte del trigo de calidad alimentaria, que asciende a millones de toneladas, se exportó

desde Ucrania en 2021. En ese momento, incluso se debatió el tema en los medios de comunicación ucranianos en relación con los posibles riesgos de seguridad alimentaria para la propia Ucrania. Los datos corresponden a los envíos de maíz típicos de Ucrania a Europa, pero no se corresponden con sus declaraciones sobre la ayuda a las personas hambrientas de África Subsahariana, donde se consumen otros cultivos. Por cierto, a principios de septiembre nos enteramos de un artículo publicado en *The Guardian* sobre proyectos británicos para ayudar a los africanos a criar insectos comestibles. En uno de los actos de hoy, nos enteramos de que el Banco Mundial también apoya proyectos similares, alegando el elevado costo de los fertilizantes. Es poco probable que un enfoque tan cínico resuelva el problema.

En respuesta, nos enteramos de que parte del grano que se envía a Europa se reexportará a los países necesitados. Por lo que sabemos, nuestros colegas turcos han continuado esos esfuerzos, procesando el grano antes de volver a enviarlo. No obstante, hasta ahora, no hemos escuchado nada sobre la reexportación de grano por parte de los países de la Unión Europea, salvo por los diplomáticos de la Unión Europea en Nueva York. Me pregunto cómo se están llevando a cabo las reexportaciones desde Europa con destino a las personas necesitadas. ¿Se venden de forma comercial a precios de mercado? En ese contexto, nos enteramos inesperadamente de una declaración que nuestros colegas de las Naciones Unidas formularon anteayer, según la cual el propósito original de la Iniciativa sobre la Exportación de Cereales por el Mar Negro era restablecer los envíos comerciales de la región a los compradores habituales. No obstante, ¿cómo se compagina esto con las declaraciones anteriores sobre la ayuda a los más pobres entre los pobres? Hasta ahora, solo han llegado dos barcos a través del Programa Mundial de Alimentos (PMA), y se está preparando un tercero. Los funcionarios de las Naciones Unidas dicen que los envíos dependen de las contribuciones de los donantes. Nos gustaría que el Director Ejecutivo del PMA nos explicara por qué los fondos ya disponibles en los presupuestos de sus programas nacionales más importantes no se están utilizando con ese fin en Somalia, por ejemplo, donde, según entendemos por lo que ha dicho el Sr. Griffiths, las posibilidades de evitar la hambruna son mínimas.

Según la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), hay otra explicación para los precios inasequibles de los alimentos en el mundo en desarrollo, y es la alta inflación. ¿De dónde proviene eso? Una vez más, se nos señalan las

consecuencias de los acontecimientos en Ucrania, lo que demuestra que se ignora el efecto de las políticas monetarias mal concebidas de los países occidentales para combatir la crisis de la enfermedad por coronavirus, cuando, en un contexto de interrupción de las cadenas de suministro, se vertieron billones de dólares, yenes y euros sin garantía en las economías occidentales. La inflación que cabría esperar se extendió a otros países. Además, ahora el hecho de que los bancos centrales occidentales estén subiendo los tipos de interés supone una nueva amenaza a los países en desarrollo excesivamente endeudados.

Volviendo al objetivo de reanudar los envíos comerciales y el conjunto de acuerdos de Estambul, este último, como sabemos, tiene una segunda parte, a saber, un memorando de entendimiento entre la Federación de Rusia y la Secretaría sobre la ayuda para que los productos alimentarios y los fertilizantes rusos puedan acceder a los mercados mundiales. Puede consultarse esa información en las páginas web del Ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia y de la UNCTAD. Hasta ahora, ha habido grandes dificultades para aplicar ese documento porque nuestras entregas se ven obstaculizadas por sanciones unilaterales ilegales. Las reiteradas afirmaciones de la Unión Europea y de los Estados Unidos según las cuales sus sanciones no obstaculizan las exportaciones de alimentos y fertilizantes no se corresponden con la realidad. Las restricciones complican las transacciones bancarias, incluso para los bancos de importancia sistémica para el sector agrícola ruso, donde simplemente se cierran las cuentas. Las tarifas de los seguros de transporte se han disparado. Según entendimos en una sesión informativa reciente de las Naciones Unidas, esas tarifas se han reducido considerablemente en relación con el precio de los cereales procedentes de Ucrania, pero no se puede decir lo mismo de los productos rusos.

También están surgiendo problemas en las interacciones con los operadores marítimos. A nuestros barcos se les ha negado el acceso a los puertos europeos, que son puntos de transbordo importantes para el funcionamiento normal de las cadenas de suministro. Además, las explicaciones dadas al sector empresarial por las autoridades de los países que aplican las sanciones suelen agravar la situación. Por ejemplo, un memorando de fecha 10 de agosto, con aclaraciones de la Comisión Europea, en esencia prohíbe a los operadores navieros europeos transportar fertilizantes rusos a terceros países, es decir, a países de África, Asia y América Latina, pero les permite enviarlos a los Estados de la Unión Europea, lo que ciertamente es una fantástica ayuda

a los países pobres. Ese egoísmo, cinismo e hipocresía de los funcionarios de la Unión Europea es especialmente revelador.

La situación en torno a los fertilizantes rusos es alarmante. En 2021, el precio mundial de los fertilizantes alcanzó niveles récord, incluso como resultado de la desestabilización de los mercados debido a las políticas de transición energética mal concebidas e impuestas de manera forzada, así como a la resistencia no competitiva a los portadores energéticos rusos. Este año, con las nuevas sanciones y las interrupciones de la cadena de suministro, la situación es aún peor. Los directivos de las empresas privadas de fertilizantes rusas enfrentan restricciones personales. Sus productos, en una cantidad equivalente a casi 300.000 toneladas y con un valor de decenas de millones de dólares están siendo bloqueados por las autoridades en varios puertos europeos. Nuestros productores están dispuestos a enviar esos productos a los países en desarrollo sin costo alguno, pero simplemente no se les permite exportarlos.

Es importante que reconozcamos la gravedad del problema. Según la evaluación del jefe de la UNCTAD, si los agricultores no reciben fertilizantes en octubre y noviembre, utilizarán una cantidad significativamente menor que, por ejemplo, en África será aproximadamente un 20 % menos. Esto conducirá inevitablemente a una reducción del volumen de producción en la próxima cosecha y ya amenaza con representar una palpable escasez alimentaria. Nuestras empresas advierten de que si no se pone fin a las interrupciones de las exportaciones de fertilizantes rusos —estamos hablando de 14 millones de toneladas de fertilizantes al año, que ayudan a cultivar 100 millones de toneladas de productos agrícolas—, otros 500 millones de personas de todo el mundo pronto podrían estar padeciendo hambre. Por consiguiente, me gustaría preguntar a nuestros colegas occidentales si es eso lo que pretenden conseguir. Las sanciones a los fertilizantes bielorrusos también contribuyen a empeorar la situación. Quisiéramos que, en las reuniones internacionales y los medios de comunicación, los dirigentes de los organismos de las Naciones Unidas, incluido el PMA, señalaran esto a la atención de los líderes de los países occidentales. Esperamos que las Naciones Unidas se unan a esos esfuerzos.

Las sanciones occidentales también socavan la seguridad alimentaria mundial de otra manera. Debido a las interrupciones en las transacciones bancarias, por varios meses Rusia no ha podido transferir con seguridad sus contribuciones voluntarias al PMA. Estamos hablando de decenas de millones de dólares que, entre

otras cosas, ayudarían a países que enfrentan el riesgo de hambruna masiva. La Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial se encuentra en una situación similar, ya que también los proyectos de apoyo a la industria alimentaria en Estados necesitados, entre ellos Siria, están siendo afectados.

Por su parte, Rusia está buscando formas de apoyar la seguridad alimentaria mundial. Solo entre mayo y agosto de este año fuimos capaces de exportar 6,6 millones de toneladas de cereales, de las cuales 6,3 millones se destinaron a países de Asia, África y América Latina. Antes de que concluya el año esperamos enviar 30 millones de toneladas de cereales, y estamos preparados para aumentar esa cantidad a 50 millones. A pesar de los obstáculos, hemos sido capaces de enviar 7 millones de toneladas de fertilizantes al extranjero, incluidos 3 millones de toneladas a países del Sur Global. Para que esos productos esenciales lleguen al mercado, es preciso que la parte rusa del acuerdo de exportación de cereales se aplique y produzca resultados reales. De lo contrario, la aplicación de un enfoque selectivo del acuerdo de Estambul sobre cereales podría echar por tierra ese acuerdo.

Para concluir, nos gustaría recordar al Consejo que, en el contexto de la resolución 2417 (2018), sería conveniente que los organismos especializados de las Naciones Unidas y el Consejo también prestaran atención a las situaciones de otros países. Nos gustaría que los expertos de las Naciones Unidas presentaran una evaluación precisa sobre la situación en Siria, país que antes no solo era autosuficiente en la producción de cereales, sino que también exportaba millones de toneladas de ese producto. Sin embargo, en la actualidad, según el informe reciente de la FAO y del PMA titulado *Hunger Hotspots*, ese país está perdiendo los alimentos producidos en las principales regiones productoras de cereales del noreste, ocupadas de hecho por los Estados Unidos, y sufriendo el impacto de las sanciones occidentales que afectan a su propia seguridad alimentaria. También es importante tener en cuenta las repercusiones humanitarias de la congelación de los activos extranjeros del Afganistán, donde la población, que enfrenta la amenaza de una hambruna masiva, ha estado recurriendo a medidas extremas, como la venta de sus propios órganos y la venta de sus hijos.

Esperamos que todos los miembros del Consejo y los observadores en este órgano se abstengan de utilizar la lucha contra el hambre en sus juegos geopolíticos y se centren en las medidas que realmente pueden adoptar para prevenir el hambre.

Sra. Onanga (Gabón) La información que acabamos de escuchar confirma la gravedad de la crisis alimentaria a la que se enfrenta el mundo y que afecta especialmente a los países en situación de conflicto. Quisiera aprovechar esta oportunidad para agradecer al Sr. Griffiths, al Sr. Torero y al Sr. Beasley sus exposiciones detalladas y sus informes actualizados y reveladores sobre la cuestión de la inseguridad alimentaria en los países en cuestión.

Es particularmente lamentable que esta situación afecte a las personas vulnerables, incluidos los niños. Somos conscientes de los numerosos factores que inciden en esta compleja situación, en primer lugar el creciente número de crisis de seguridad y las tensiones que se agravan. Por ello, debemos trabajar con más ahínco que nunca para poner fin a los conflictos allí donde surjan y reducir las tensiones, a fin de dar una oportunidad para que las agendas de paz y desarrollo fructifiquen. Es esencial redoblar nuestros esfuerzos para resolver los conflictos y, al mismo tiempo, aumentar la ayuda humanitaria de emergencia para satisfacer las necesidades alimentarias y responder al sufrimiento de las personas afectadas. El efecto combinado de los conflictos destructivos, la asistencia humanitaria limitada y el impacto del cambio climático en la población es motivo de inquietud, ya que podría desencadenar una crisis humanitaria en gran escala. La situación sin precedentes en el Cuerno de África nos recuerda que es necesario actuar con urgencia.

Debemos tomar medidas urgentemente y hacer inversiones a largo plazo para encarar las causas fundamentales de los problemas estructurales que existen muchos países, independientemente de que se deban a deficiencias en materia de gobernanza nacional o internacional, a dificultades para cumplir los compromisos de desarrollo sostenible o, más concretamente, a la incapacidad para hacer frente a la crisis climática. En este sentido, esperamos que la el 27º período de sesiones de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático sea una oportunidad decisiva para afirmar el compromiso internacional de hacer frente a esas amenazas combinadas y asegurar la financiación necesaria para dar una respuesta que se corresponda con las expectativas de la humanidad.

Para concluir, reiteramos nuestro agradecimiento por la conclusión y aplicación efectivas del acuerdo de exportación de cereales, al tiempo que recordamos la magnitud de las necesidades y las expectativas del continente africano en relación con una oportunidad que los líderes africanos contribuyeron a hacer posible.

Sr. Spasse (Albania) (*habla en inglés*): Agradezco al Brasil y a Irlanda la organización de la sesión del día de hoy. También doy las gracias al Sr. Griffiths, al Sr. Torero y al Sr. Beasley por exponer las tristes realidades de la inseguridad alimentaria y su relación con los conflictos y la violencia.

En la resolución 2417 (2018) de mayo de 2018, el Consejo reconoció sin ambages cómo las guerras, directa e indirectamente, aumentan el hambre. Las guerras obligan a la gente a huir de sus tierras y medios de vida, destruyen el ganado y los productos agrícolas, y elevan el precio de los alimentos en los mercados mundiales. Más de cuatro años después, la situación es peor, mucho peor, que en 2018. Estamos frente a una inminente catástrofe alimentaria. Es probable que 2022 establezca un récord de inseguridad alimentaria en todo el mundo. Millones de personas en todo el planeta se enfrentan a una inseguridad alimentaria aguda. Zonas como el norte de Etiopía, el noreste de Nigeria, y países como Sudán del Sur y el Yemen, son probablemente los lugares más afectados, pero son solo la punta del iceberg. Como resultado del conflicto y de la violencia, se estima que aproximadamente 648.000 personas experimentarán niveles catastróficos de inseguridad alimentaria. Muchos otros países, como el Afganistán y Somalia, se encuentran en situaciones alarmantes. En todo el mundo, 276 millones de personas tienen dificultades para encontrar alimentos. Unos 49 millones de personas en 43 países están a punto de caer en la hambruna.

La agresión de Rusia contra Ucrania está agravando una crisis humanitaria creciente, que tiene ramificaciones que constituyen una amenaza mundial para la paz y la seguridad. En la resolución 2417 (2018) se establece el marco básico para abordar el hambre provocada por los conflictos y su efecto devastador en la paz y la seguridad. Ahora más que nunca necesitamos que el Consejo de Seguridad redoble sus esfuerzos para abordar esta amenaza mundial con la rapidez necesaria. Debemos hallar la voluntad política de utilizar todas las herramientas disponibles para acabar con esta profunda crisis y esforzarnos en erradicar la hambruna y el hambre de una vez por todas.

El Programa Mundial de Alimentos, la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura se enfrentan a retos cada vez mayores en el suministro de ayuda alimentaria y productos básicos y el fomento de la resiliencia. A ese respecto, debemos responder a las siguientes tres preguntas apremiantes. En primer lugar, con el aumento de la inseguridad

alimentaria derivada de los conflictos, ¿contribuirían las nuevas notas a facilitar una actuación más temprana del Consejo en respuesta al hambre provocada por los conflictos? En segundo lugar, ¿qué otras medidas podría adoptar el Consejo para reforzar las medidas de anticipación? En tercer lugar, ¿cuál es la mejor manera de garantizar la rendición de cuentas en los casos de hambre provocada por el conflicto en violación del derecho internacional humanitario?

En nuestra opinión, la acción humanitaria y el acatamiento del derecho internacional humanitario solo pueden mitigar los efectos de un conflicto en los sistemas alimentarios. Se necesitan urgentemente soluciones políticas pacíficas y negociadas para los conflictos armados y la violencia. La alerta y la acción tempranas conducen a la prevención. Para prevenir el hambre provocada por los conflictos es preciso que las partes en un conflicto respeten el derecho internacional humanitario, especialmente cuando el hambre se utiliza como método de guerra.

Otra necesidad urgente es capacitar a las mujeres y a los jóvenes para que garanticen el acceso a los alimentos y asegurar su participación en los procesos políticos y de toma de decisiones. Para ello se requiere de una respuesta integrada a fin de abordar los factores que provocan la inseguridad alimentaria aguda y mantener la financiación para las crisis humanitarias. Las personas responsables de las violaciones del derecho internacional humanitario deben rendir cuentas. Las investigaciones independientes, imparciales, completas, rápidas y efectivas de las presuntas violaciones y los abusos graves de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario revisten una importancia análoga.

Sra. Thomas-Greenfield (Estados Unidos de América) (*habla en inglés*): Doy las gracias a Irlanda y al Brasil por habernos reunido aquí para debatir las cuestiones apremiantes del hambre provocada por los conflictos. También quiero dar las gracias al Secretario General Adjunto Griffiths, al Director Ejecutivo Beasley y al Economista Jefe Torero por sus exposiciones informativas, que son muy aleccionadoras e instructivas. Como muchos de los presentes saben que he dicho desde mi llegada a Nueva York, esta cuestión es importante. El hambre provocada por los conflictos ha sido el tema central en nuestras dos Presidencias del Consejo de Seguridad desde mi llegada. Por consiguiente, quiero expresar al Sr. Griffiths mi profundo agradecimiento por la nota de su Oficina que ha distribuido sobre el conflicto y el hambre, porque si bien existe la obligación por mandato de entregar esos informes al Consejo, no

podemos olvidar que también existe la obligación moral de decirle al mundo la razón por la que se mueren de hambre las personas.

Las notas son una señal de alarma para el Consejo. Debemos responder porque, detrás de ese informe aleccionador y de las cifras que hemos escuchado hoy, hay seres humanos en carne y hueso. Estamos hablando de personas reales. Hablamos de niños y madres cuyas voces son silenciadas por el hambre y la violencia. Estamos hablando de la diferencia entre la vida y la muerte. No podemos aceptar que lo que se describe en la nota sea la senda por la que discurrirá el mundo. No podemos dejar de ver nuestra humanidad común en los que sufren. En la nota se deja claro que la lacra del hambre no ha desaparecido desde que se aprobara la resolución 2417 (2018) hace más de cuatro años. De hecho, solo ha empeorado.

Son muchas las causas que subyacen a la crisis de inseguridad alimentaria mundial de la actualidad. La pandemia de enfermedad por coronavirus ha puesto a prueba las líneas de abastecimiento. Los costos energéticos han encarecido la producción y el transporte de alimentos. El aumento de las temperaturas y las graves sequías e inundaciones han destruido las cosechas y dejado los campos yermos. Sin embargo, entre las causas de la inseguridad alimentaria destacan los conflictos. En muchos contextos, los alimentos se convierten en armas de guerra y se bloquean o destruyen intencionadamente. Eso es cruel y peligroso, y hace que se requiera nuestra atención. En el caso de la guerra que Rusia libra en Ucrania, la militarización de los alimentos ha tenido repercusiones mundiales. La guerra ha agravado la crisis. Antes de la guerra, casi una cuarta parte de las exportaciones mundiales de cereales procedían de Rusia y Ucrania, pero los antaño extensos campos de trigo de Ucrania se han convertido actualmente en campos de batalla, y todos sentimos los efectos de ello en el trigo, los alimentos, el petróleo y el combustible. Y si se me permite responder brevemente a la letanía de quejas mencionadas hoy por nuestro colega ruso, la respuesta a todas esas cuestiones es sencilla, a saber, hay que acabar con la guerra, acabar con el ataque no provocado a Ucrania, y eso nos sacará de parte de esta situación.

Podemos ver claramente cómo los conflictos están causando hambre en todo el mundo. Como se destaca en el informe más reciente de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios, se prevé que cuatro zonas en particular afronten niveles generalizados y catastróficos de inseguridad alimentaria: Etiopía, el nordeste de Nigeria, el Yemen y Sudán del Sur, países en los que el conflicto y la violencia han provocado directamente una

crisis alimentaria. En Etiopía, 20 millones de personas se enfrentan a inseguridad alimentaria, muchas más que en las estimaciones actuales que se han mencionado. Las granjas han sido dañadas y saqueadas. Las cosechas en Tigré, por ejemplo, produjeron la mitad de su producción habitual el año pasado, y las líneas de suministro se han visto seriamente interrumpidas. Hacemos un llamamiento al Gobierno de Etiopía, a las autoridades de Tigré y a todas las partes para que permitan la entrega sin obstáculos de la ayuda humanitaria. La ayuda humanitaria no debe utilizarse con fines militares sino para salvar vidas. También instamos a las partes a que cesen los combates y a que entablen conversaciones bajo los auspicios de la Unión Africana lo antes posible. Hay que dar una oportunidad a la paz. Demasiadas personas han muerto y demasiadas más están sufriendo.

En el nordeste de Nigeria, se prevé que más de 4 millones de personas se vean aquejadas de niveles elevados de inseguridad alimentaria. La gravedad de la situación en algunas zonas es la peor que hemos visto en casi un decenio. A los agricultores les preocupa que los ataquen y están abandonando sus granjas. Ello conlleva que hay menos granjas y cultivos y más desplazamientos y sufrimiento. Nos preocupa especialmente la violencia de los agentes armados no estatales. El acceso de la asistencia humanitaria es vital para evitar que la situación se agrave.

En el Yemen, la tregua ha supuesto cierto alivio para los civiles, pero no ha sido suficiente para invertir una de las crisis humanitarias más graves del mundo. De hecho, el nivel de inseguridad alimentaria en el Yemen sigue siendo más elevado que nunca. Más de 19 millones de personas afrontan inseguridad alimentaria, y es probable que ello empeore en ausencia de financiación humanitaria. Exhortamos a la comunidad internacional a que se una a nosotros para hacer frente a la crisis. Los donantes deben reforzar y agilizar el apoyo. Hemos de apoyar al Gobierno de la República del Yemen para estabilizar la economía y reforzar los servicios básicos.

En Sudán del Sur, país que tiene solo 11 años de existencia, se prevé que más del 60 % de la población afronte una crisis alimentaria o niveles más graves de inseguridad alimentaria aguda, porcentaje que equivale a casi 8 millones de personas, en un país rico en recursos. Hacemos un llamamiento al Gobierno de Sudán del Sur para que apruebe un decreto por el que se ordene la circulación libre y sin obstáculos de la ayuda humanitaria y la protección de los trabajadores humanitarios. Es hora de que todas las partes pongan fin a las hostilidades. El Gobierno debe hacer que quienes han perpetrado

la violencia rindan cuentas y ayudar a la Misión de las Naciones Unidas en Sudán del Sur y a los agentes humanitarios a colmar las graves necesidades de los civiles. Acabamos de oír al Sr. Griffiths decir que en Somalia habrá hambruna. Esos son solo algunos de los países que afrontan actualmente inseguridad alimentaria. Según el Programa Mundial de Alimentos, hasta 50 millones de personas de 45 países están justo al borde de la hambruna y, sin ayuda humanitaria, corren el riesgo de caer en ella. Debemos adoptar medidas. Hace poco me dijeron que abordar la hambruna no es responsabilidad del Consejo de Seguridad. Sin embargo, yo plantearía que las causas del hambre y sus consecuencias son nuestra responsabilidad, sobre todo cuando las hambrunas se ven impulsadas por los conflictos y los causan. Precisamente por eso nos hemos reunido hoy.

Por su parte, los Estados Unidos han proporcionado más de 5.700 millones de dólares en concepto de asistencia humanitaria para operaciones de seguridad alimentaria desde febrero. No obstante, sabemos que no podemos hacerlo solos, y sabemos que no es suficiente. Por esa razón hemos reunido en Nueva York a asociados de todo el mundo para elaborar una hoja de ruta para la seguridad alimentaria mundial, y 103 países han suscrito una visión común de esta crisis y un programa común para abordarla. La seguridad alimentaria es una de nuestras tres prioridades principales para el próximo período de sesiones de la Asamblea General. Seguiremos utilizando todas las herramientas diplomáticas de nuestro arsenal para hacer frente a la crisis de inseguridad alimentaria. Exhortamos a todos los demás países a que hagan lo propio. Aunque el reto puede parecer abrumador, debemos seguir centrados y detener la hambruna antes de que se produzca. Podemos y debemos evitar que esas hambrunas se repitan.

Sr. Agyeman (Ghana) (*habla en inglés*): Permítaseme comenzar agradeciendo a las delegaciones del Brasil e Irlanda que hayan solicitado la convocatoria de esta sesión. También agradecemos al Secretario General Adjunto Martin Griffiths, al Economista Jefe Maximo Torero y al Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos David Beasley, sus respectivas exposiciones informativas. Hemos tomado conocimiento de la nota del Sr. Griffiths centrada en la inseguridad alimentaria causada por los conflictos violentos en el norte de Etiopía, el nordeste de Nigeria, Sudán del Sur y el Yemen.

Lamentamos observar que, a pesar de los notables esfuerzos realizados a lo largo de los años para limitar la incidencia negativa de los conflictos violentos en la

población civil y las infraestructuras civiles, seguimos siendo testigos de violaciones graves de los derechos de los civiles y de un elevado número de bajas civiles en los países devastados por la guerra. Por ejemplo, en 2021, las Naciones Unidas registraron al menos 11.075 muertes de civiles en 12 conflictos armados. Además de la pérdida innecesaria de vidas humanas y medios de subsistencia, los conflictos armados también contribuyen a crear situaciones peligrosas de escasez de alimentos, a las que algunos combatientes recurren y consideran arma de guerra. La índole crítica de la cuestión y los entornos hostiles que crean deliberadamente las partes en los conflictos y los combatientes armados para obstaculizar el acceso humanitario a la población civil siguen justificando que el Consejo haya aprobado por unanimidad la resolución 2417 (2018), en la que se destaca el nexo entre los conflictos armados y la inseguridad alimentaria causada por los conflictos y la amenaza de hambruna.

La sesión de hoy, que llega tras la preocupante nota del Secretario General Adjunto, pone de relieve la urgencia de la situación y la necesidad de adoptar medidas con rapidez. Al abordar los desafíos que afrontan los civiles en los conflictos armados, Ghana considera que se pueden examinar minuciosamente algunos de los siguientes aspectos.

En primer lugar, como se destaca en la nota y ha reiterado el Sr. Griffiths en el Salón, la solución pacífica de los conflictos armados y la violencia sigue siendo la forma más segura de garantizar la seguridad de los civiles y prevenir los peligros de la inanición y la hambruna que conlleva el conflicto. Por lo tanto, subrayamos la importancia de dar prioridad a la política en materia de solución y gestión de conflictos, y señalamos la necesidad de proteger a los civiles, no solo en lo que respecta a los acuerdos de paz y el alto el fuego, sino también en los momentos en que las pausas y treguas humanitarias pueden brindar una oportunidad para concentrarse en las necesidades de protección de la población civil.

En segundo lugar, estimamos que el respeto de los convenios y tratados mundiales, incluido el derecho internacional humanitario, debe fortalecerse a fin de proporcionar una base sólida para proteger a la población civil en situaciones de conflicto armado. Los Estados deben renovar su empeño en favor de la preservación y la protección de la acción humanitaria basada en principios, en particular alentando tanto a las partes estatales como a las no estatales en los conflictos a que cumplan el derecho internacional humanitario y de los derechos humanos. Eso incluye la prohibición de hacer uso de la

inanición de la población civil como arma de guerra y de atacar deliberadamente sus medios de subsistencia. A ese respecto, también debemos ser inquebrantables en exigir la rendición de cuentas por las violaciones notorias del derecho de los conflictos armados.

En tercer lugar, hay que hacer que las partes en conflicto sientan el peso de la rendición de cuentas si atacan a los trabajadores humanitarios u obstaculizan la entrega de la asistencia humanitaria. A ese respecto, los riesgos para los civiles y el personal humanitario que suponen la información errónea, la desinformación y el discurso de odio durante los conflictos armados representan un factor que se debe gestionar.

En cuarto lugar, alentamos a que se fortalezca el apoyo a los acuerdos regionales para contribuir a mantener los esfuerzos encaminados a proteger a la población civil. Son los agentes internacionales más cercanos en los conflictos armados y suelen comprender mejor cómo se puede ayudar a la población civil antes de que sus dificultades se vuelvan insolubles. Algunas organizaciones regionales también cuentan con una estructura de seguridad alimentaria que hay que apoyar y aprovechar para gestionar mejor la inseguridad alimentaria durante los conflictos.

En conclusión, estimamos que es necesario concertar esfuerzos para abordar la inseguridad alimentaria en tiempos de conflicto armado. Por lo tanto, Ghana reitera su convicción de que la voluntad y el empeño políticos fuertes y genuinos por parte de los Estados Miembros, que cuenten con el apoyo de las organizaciones de la sociedad civil y otros asociados, son cruciales para mejorar la protección de los civiles en los conflictos armados y garantizar su derecho a la alimentación, incluso en situaciones de conflicto.

Sr. Kariuki (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte) (*habla en inglés*): Doy las gracias al Brasil e Irlanda por haber convocado esta sesión. El Sr. Griffiths, el Sr. Torero y el Sr. Beasley han pintado un panorama devastador desde la primera línea de los conflictos y el hambre, como se expone en la reciente nota. Rendimos homenaje a la labor de sus equipos sobre el terreno, y esperamos con interés que el Secretario General siga dando la voz de alarma sobre las repercusiones del devastador ciclo del conflicto y el hambre, en consonancia con la resolución 2417 (2018). Esperamos que todos los Estados Miembros puedan apoyarle en ello. Además, celebramos los esfuerzos de las Naciones Unidas para hacer sonar la alarma sobre los contextos de riesgo de hambruna, incluido el Cuerno de África, y

nos complace acoger, junto con Italia, los Estados Unidos, Qatar y la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios, un acto que tendrá lugar la próxima semana para estudiar la cuestión. Quisiera formular tres observaciones clave en respuesta a lo que hemos oído hoy.

En primer lugar, pedimos a todas las partes en los conflictos armados que cumplan plenamente el derecho internacional humanitario. Ello incluye la protección del personal humanitario. Es muy preocupante que en Sudán del Sur y el Yemen, donde millones de personas corren el riesgo de inanición, sigamos viendo ataques contra agentes humanitarios. Las partes en conflicto también deben facilitar un acceso humanitario rápido y sin obstáculos, en particular suprimiendo los obstáculos burocráticos a la ayuda. El Reino Unido se siente profundamente preocupado por el hecho de que las entregas de la asistencia a la región de Tigré, en el norte de Etiopía, no han sido posibles desde que el conflicto se reanudó en agosto. Pedimos el acceso inmediato de combustible, dinero en efectivo y alimentos. Hay que investigar las violaciones del derecho internacional humanitario y poner fin a la impunidad.

En segundo lugar, necesitamos una acción concertada para proteger los sistemas alimentarios y promover la resiliencia. En el nordeste de Nigeria, por ejemplo, se están destruyendo objetos indispensables para la supervivencia de la población civil, y el conflicto obstaculiza actualmente la actividad agrícola esencial. Las personas de a pie deben hallarse en situación de cultivar sus tierras en condiciones de seguridad para que las familias puedan alimentar a los 1,74 millones de niños que actualmente sufren de malnutrición aguda. También tenemos la responsabilidad de garantizar la apertura de los mercados alimentarios mundiales para que no aumente el costo de alimentar a las personas que padecen hambre. A ese respecto, permítaseme reiterar la importancia de que se siga aplicando el acuerdo sobre cereales del mar Negro, negociado por las Naciones Unidas, que ha contribuido a reducir el 5,1 % de los precios mundiales del trigo. El mes pasado llegaron a Djibouti 23.000 toneladas de trigo ucraniano, algunas de las cuales ya han entrado en Etiopía. Según ha declarado el Programa Mundial de Alimentos, esta cantidad es suficiente para proporcionar raciones completas a 1,5 millones de personas durante un mes. Este mes llegarán otras 30.000 toneladas de trigo gracias al acuerdo.

Estoy seguro de que nuestros ponentes responderán a algunas de las afirmaciones más descabelladas de nuestros colegas rusos. Por ejemplo, hemos dejado claro en todo momento que no se han impuesto sanciones

contra los alimentos y los fertilizantes. Más del 50 % del trigo exportado en virtud del acuerdo se ha destinado a África, pero, como ha dicho mi colega estadounidense, nada de eso sería necesario si Rusia pusiera fin a su guerra ilegal.

En tercer lugar, debemos tener claro que lo que se necesita con urgencia es poner fin al conflicto e invertir en una paz sostenible y duradera. El Reino Unido se enorgullece de ser uno de los principales contribuyentes a los llamamientos humanitarios de la Organización. Seguiremos proporcionando asistencia humanitaria por valor de 3.500 millones de dólares durante los próximos tres años. Ahora bien, ampliar la financiación no bastará para acabar con la hambruna causada por los conflictos o con la práctica de hacer pasar hambre como arma de guerra. Tenemos las herramientas necesarias para evitar la hambruna causada por el ser humano. Lo que necesitamos ahora es la voluntad política colectiva para utilizarlas.

Sr. Kimani (Kenya) (habla en inglés): Doy las gracias a Martin Griffiths, David Beasley y Máximo Torero por sus exposiciones informativas. Celebro también la participación del Embajador Maurizio Massari.

Dado que estamos hablando de países concretos en los que la población sufre las penurias de la inseguridad alimentaria, lo ideal sería escuchar a los Estados afectados para tener una visión más completa de la situación. Al fin y al cabo, si lo que buscamos son soluciones prácticas, cualquier idea útil que se exprese hoy tendrá que estar basada en los esfuerzos de esos Estados y en su capacidad y disposición para trabajar con las Naciones Unidas y la comunidad internacional.

Acogemos con beneplácito las exposiciones informativas sobre cuestiones humanitarias y el conocimiento de los ponentes de que las emergencias tienen lugar en un contexto político, económico y medioambiental más amplio. Dicho contexto se ve complicado por la crisis alimentaria y energética mundial en la que estamos inmersos, cuyas causas van mucho más allá de las situaciones nacionales e implican factores geopolíticos, económicos y asociados al cambio climático.

Las organizaciones humanitarias llevan a cabo esfuerzos heroicos en todo el mundo. No cuentan con todos los recursos necesarios, y las emergencias proliferan día a día. Hay que apoyar a nuestros colegas humanitarios, que reclaman con urgencia financiación suficiente, además de un acceso humanitario rápido y sin trabas. Sin embargo, no debemos centrarnos de manera exclusiva en la respuesta de emergencia a los conflictos

causados por el ser humano. Sabemos que, en la mayoría de los países y las regiones más afectados por conflictos violentos, las causas son, entre otras, el cambio climático, las carencias en materia de desarrollo y la pobreza y desigualdad consiguientes.

Aunque la inseguridad alimentaria puede ser especialmente aguda en aquellas zonas donde existe violencia, en la mayoría de los países afectados por conflictos se trata de un fenómeno más amplio. Por ello, instamos a los Estados pertinentes, a los organismos regionales y a las entidades de las Naciones Unidas a que centren su atención y aporten recursos al Objetivo de Desarrollo Sostenible 2, que tiene por objeto lograr el hambre cero para 2030. Sus esfuerzos deben ser el resultado de la coordinación y la colaboración, para garantizar que respondan a los conflictos.

La consecución de esta meta requiere prestar atención de inmediato a una mayor productividad agrícola, sobre todo en lo que respecta a facilitar el acceso a fertilizantes asequibles y reducir los riesgos de las inversiones destinadas a la producción de fertilizantes, en especial en África. El impulso para ampliar la producción de fertilizantes en África debe ir acompañado de una transición energética justa que permita a los países utilizar sus recursos de hidrocarburos para el desarrollo económico. Los países que defienden con firmeza la respuesta humanitaria deberían tener en cuenta que una transición energética justa en el Sur Global es clave para lograr resultados en su promoción de la labor humanitaria.

Asimismo, consideramos que es hora de que el Consejo de Seguridad vuelva a concentrarse en su mandato preventivo, en particular en lo que respecta a la crisis climática en el Sahel y el Cuerno de África, por mencionar solo dos de las regiones más afectadas. Hay evidencias suficientes de que la crisis climática agrava el conflicto e incluso puede ser un factor impulsor directo. Instamos al Consejo a que atienda el contundente llamamiento de los países de la región en favor de la adopción de iniciativas que asocien la acción climática a las misiones políticas y de mantenimiento de la paz de la Organización.

El Consejo de Seguridad debe mantener su firme apoyo a la acción humanitaria, al tiempo que avanza en su mandato de proteger a los civiles en aquellas situaciones en las que la paz y la seguridad internacionales se encuentran amenazadas. La mejor manera de cumplir con nuestro mandato es hacer un mayor esfuerzo por fomentar, facilitar y defender los acuerdos políticos conducentes a medidas de alto el fuego, diálogo,

reconciliación y reconstrucción tras el conflicto. Se trata, ante todo, de una labor práctica. Los esfuerzos que realizamos en el Consejo, en especial en lo que respecta al calendario y la orientación de las reuniones, las declaraciones y las resoluciones, son más eficaces cuando se asocian a otros esfuerzos en curso destinados a mediar y negociar medidas de alto el fuego y acuerdos.

En las situaciones en las que no hay paz que mantener y en las que están presentes grupos o militantes terroristas que representan una amenaza generalizada y devastadora para la población civil, el Consejo debe considerar de nuevo su habitual reticencia a apoyar la ayuda financiera de las Naciones Unidas para los esfuerzos regionales en materia de aplicación de la ley. Además, el Consejo debería tener más en cuenta la labor y las recomendaciones de la Comisión de Consolidación de la Paz, que abarca la inclusión de ayuda para la subsistencia y el desarrollo en la prevención de conflictos.

La Presidenta (*habla en francés*): Formularé ahora una declaración en calidad de representante de Francia.

Doy las gracias a Martin Griffiths, David Beasley y Máximo Torero por sus presentaciones.

El año 2022 marcará un triste hito en lo que respecta al número de personas en situación de inseguridad alimentaria a causa de los conflictos, la pandemia de la enfermedad por coronavirus y el cambio climático.

En los países que dependen de las importaciones para satisfacer sus necesidades alimentarias, la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania tiene consecuencias dramáticas. Las cifras lo demuestran. Esta guerra agrava la inseguridad alimentaria y contribuye a acrecentar el riesgo de hambruna en todo el mundo. En 2022 y 2023, 13 millones más de personas deberán hacer frente a la subalimentación debido a esta guerra.

Seamos claros: no hay duda de que, como reconoció en abril el Consejo de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, esta guerra agrava la inseguridad alimentaria y la malnutrición mundiales. Ninguna sanción tiene por objeto el sector alimentario. Por el contrario, luchamos por que los productos agrícolas no se conviertan en ningún caso en un arma de guerra al servicio de objetivos geopolíticos. Solamente un enfoque multilateral, coordinado e inclusivo permitirá atajar el riesgo de hambruna y prevenir los efectos catastróficos de la guerra librada por Rusia en Ucrania.

Francia respalda plenamente la iniciativa puesta en marcha por el Secretario General a través del Grupo

de Respuesta Mundial a la Crisis de la Alimentación, la Energía y las Finanzas. Recordamos la responsabilidad común de los interlocutores internacionales de velar por que los países más expuestos sigan recibiendo los alimentos que necesiten. A ese respecto, es fundamental que los acuerdos suscritos en Estambul el 22 de julio se sigan aplicando, para que los cereales lleguen con urgencia a través del mar Negro a quienes más los necesitan. Es imprescindible también que dicho mecanismo se prorrogue más allá de su duración inicial de cuatro meses.

Los corredores de solidaridad establecidos por la Unión Europea han permitido también que más de 10 millones de toneladas de cereales salieran de Ucrania desde marzo, lo que ha contribuido a bajar los precios y a evitar una crisis de anticipación.

En esa misma línea, Francia, junto con la Unión Europea, ha anunciado la Misión de Resiliencia Alimentaria y Agrícola, en el marco de los esfuerzos del Secretario General y en coordinación con las restantes iniciativas internacionales. Dicha iniciativa tiene por objetivo apoyar a los países más afectados por la crisis alimentaria mundial, mejorando la transparencia de los mercados agrícolas, favoreciendo un acceso equitativo a los alimentos y productos agrícolas a un precio razonable y reforzando la producción local sostenible con miras a reducir la dependencia. Los primeros resultados de esta hoja de ruta son el fruto de un esfuerzo de cooperación internacional; por un lado, en torno al Programa Mundial de Alimentos, que ha creado un mecanismo específico de solidaridad para garantizar suministros a un precio asequible, y, por otro lado, gracias a la colaboración del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, que acogerá una Secretaría destinada a unir a los donantes en torno a proyectos de gran impacto para la seguridad alimentaria y la nutrición. Exhortamos a todos los agentes a contribuir a estos esfuerzos internacionales.

Francia también se esfuerza activamente con el fin de aumentar su contribución financiera destinada a la seguridad alimentaria y la nutrición, que debería superar los 706 millones de euros este año. También lo hace a través de sus contribuciones a organizaciones internacionales, apoyando proyectos dirigidos por la sociedad civil y mediante de las operaciones de la Agencia Francesa de Desarrollo. La duplicación del apoyo financiero de Francia al Programa Mundial de Alimentos este año, así como la financiación de la secretaría que creará el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, a lo que me he referido anteriormente, son también testimonio de esta determinación y de nuestra voluntad de solidaridad con los países en situación de gran vulnerabilidad.

Asimismo, la prevención de las hambrunas y las crisis alimentarias supone que todas las partes en conflicto respeten sus obligaciones en virtud del derecho internacional humanitario. Hay que aplicar plenamente las resoluciones 2417 (2018) y 2573 (2021). Proteger la población y la infraestructura civiles es un imperativo absoluto. Hay que garantizar el acceso humanitario.

A más largo plazo, la respuesta a la inseguridad alimentaria exige, necesariamente, la transformación hacia sistemas alimentarios sostenibles y resilientes para responder a los efectos del cambio climático y la erosión de la biodiversidad, así como al desafío que plantea el crecimiento de la población humana. La movilización de los donantes con este fin es indispensable.

Además, aunque los conflictos siguen siendo el principal motor de las crisis alimentarias, debemos aumentar los esfuerzos para encontrar soluciones políticas sostenibles a los conflictos. El Consejo puede contar con el apoyo inquebrantable y permanente en este ámbito.

Vuelvo a asumir ahora las funciones de Presidenta del Consejo.

Doy la palabra al representante de Italia.

Sr. Massari (Italia) (*habla en inglés*): Agradezco al Brasil e Irlanda la convocatoria de esta oportuna sesión, así como a los tres ponentes por sus perspicaces y aleccionadoras exposiciones informativas. La situación de inseguridad alimentaria mundial preocupa mucho a Italia. Es fundamental que la seguridad alimentaria siga siendo una de las prioridades de la agenda internacional.

En el contexto de una situación de deterioro preexistente, la guerra ilegal de Rusia contra Ucrania puso aún más en peligro las cadenas alimentarias mundiales, al tiempo que acarreó consecuencias aún más nefastas para los países más vulnerables del Sur Global, sobre todo porque limita el acceso a los alimentos y eleva la inflación de los precios de los alimentos a niveles récord.

La dramática situación imperante en zonas frágiles como el Cuerno de África, sobre todo en Somalia, es sumamente preocupante. A este respecto, quisiera dar las gracias al Sr. Martin Griffiths por su implicación personal y su reciente misión allí. Por ello, junto con los Estados Unidos, Qatar y el Reino Unido, y en colaboración con la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios, organizaremos un evento paralelo de alto nivel sobre la situación humanitaria en la región del Cuerno de África, en el contexto de la semana de alto nivel de la Asamblea General. Esperamos que el evento contribuya

a sensibilizar a la población sobre la situación alarmante que se vive sobre el terreno.

Frente a este sombrío panorama, la importante Iniciativa sobre la Exportación de Cereales por el Mar Negro, negociada gracias a los buenos oficios del Secretario General con las partes pertinentes, se ha convertido en un faro de esperanza. Aplaudimos la Iniciativa y pedimos a todas las partes interesadas que la acaten plenamente. El tiempo apremia. Los carriles de solidaridad de la Unión Europea también se suman de manera eficaz a los esfuerzos por acelerar las exportaciones al Sur Global a través de las rutas, tan alternativas, que son tan necesarias.

Garantizar el acceso a los alimentos, empezando por las personas más necesitadas, es una obligación internacional y moral que debemos cumplir, en particular en consonancia con la resolución 2417 (2018). Habida cuenta de que, desde hace tiempo, la seguridad alimentaria es una prioridad para Italia, hemos aumentado nuestro apoyo político, financiero y técnico a las Naciones Unidas, en particular a través de sus organismos con sede en Roma y en alianza con ellos. Pedimos a todos los Estados Miembros que aumenten también su apoyo. Como Presidente del Grupo de Amigos de la Seguridad Alimentaria y la Nutrición, Italia tiene la misión de

mantener un alto nivel de atención y seguir desplegando esfuerzos proactivos.

Para evitar los peores escenarios, es preciso un cambio radical de actitud y compromiso. La actual crisis transversal nos afecta a todos y, por tanto, requiere una respuesta transversal por parte de todos. Entre estos desafíos figuran el mantenimiento de las cadenas alimentarias abiertas, la resiliencia tanto de las cadenas de valor como de los sistemas alimentarios, las nuevas inversiones para la localización y una transición completa hacia sistemas alimentarios sostenibles, inteligentes y resilientes desde el punto de vista climático. También hay que volver a situar a la población rural y a los agentes locales en el centro de esos procesos.

La diplomacia alimentaria es crucial para mitigar los efectos de la crisis alimentaria. Al mismo tiempo, se necesita una diplomacia política eficaz para prevenir y resolver los conflictos. Debemos sustentar nuestra labor tanto en la diplomacia alimentaria como la diplomacia política, con gran sentido de urgencia, para evitar la hambruna y la inseguridad alimentaria en todo el mundo. Italia está dispuesta a implicarse activamente en esos esfuerzos aquí en Nueva York, en Roma y en la primera línea donde se desatan las crisis humanitarias.

Se levanta la sesión a las 17.15 horas.